

NOSOTROS, LOS ANDES



REBECCA JARMAN Y VICTORIA VARGAS-DOWNING (EDITS.)

NOSOTROS, LOS ANDES

NOSOTROS, LOS ANDES

DIRECCIÓN EDITORIAL

Rebecca Jarman y Victoria Vargas Downing

COORDINACIÓN EDITORIAL

y edición de textos

Ginett Alarcón | **ARTIF_CIO**

TEXTOS

© Víctor Hernán Cubillos Quintero

© Áurea Granados de Figueroa

© Rebecca Jarman

© Gladys Jiménez

© Antonio López-Ortega

© Ramón Palomares, herederos

© Natalia Pardo Villaveces

© Daniel Alberto Rocco Contreras

© Ana Enriqueta Terán, herederos

© Tomás J. Usón

© Victoria Vargas Downing

© Andrea Vásquez

© Volcánica

IMÁGENES

© Raúl Carahuanco Tranca p. 107 (derecha)

© Víctor Hernán Cubillos Quintero, pp. 34, 37

© Rebecca Jarman, pp. 13, 107 (izquierda)

© Gladys Jiménez, pp. 58, 63

© Natalia Montoya Lecaros, pp. 126-127

© Lucía Pizzani, pp. 18, 20-21, 24-25

© Daniel Alberto Rocco Contreras, pp. 83, 84, 87, 88, 91, 92

© Unidad Administrativa Especial del Sistema de Parques Nacionales Naturales (UAESPNN), p. 31

© Jim Sykes pp. 57, 65

© Tomás J. Usón, pp. 73, 79

© Andrea Vásquez, pp. 44, 49, 51, 52-53

DISEÑO

Tangrama  tangrama.co

Impreso en Colombia | *Printed in Colombia*
Editorial Nomos SAS

ISBN impreso 978-958-52142-2-4

ISBN digital 978-958-52142-3-1

NOSOTROS, LOS ANDES

the 1990s. The authors also found that the prevalence of *S. pneumoniae* carriage in the general population of the Netherlands was 21% in 1994, 17% in 1997 and 18% in 2000. The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of the United Kingdom (10%) in 1997.

It is interesting to note that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands is higher than in the general population of the United Kingdom. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than the United Kingdom.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of the United States (12%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than the United States.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of Canada (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than Canada.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of Australia (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than Australia.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of New Zealand (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than New Zealand.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of South Africa (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than South Africa.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of India (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than India.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of China (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than China.

The authors also found that the carriage of *S. pneumoniae* in the general population of the Netherlands was higher than in the general population of Japan (10%) in 1997. This may be due to the fact that the Netherlands has a higher population density than Japan.

CONTENIDO

6 ♦ VICTORIA VARGAS-DOWNING Y REBECCA JARMAN: INTRODUCCIÓN

PARTE I: ALAXPACHA

16 ♦ LUCÍA PIZZANI: SERES VEGETALES

28 ♦ VÍCTOR HERNÁN CUBILLOS QUINTERO: LOS ANDES, DEL BLANCO AL GRIS

PARTE II: AKAPACHA

40 ♦ ANDREA VÁSQUEZ: BUSCANDO AL VOLCÁN CALBUCO A SIETE AÑOS DE SU ÚLTIMA ERUPCIÓN

54 ♦ GLADYS JIMÉNEZ: YO EN LAS MONTAÑAS

66 ♦ TOMÁS J. USÓN: LOS DIENTES DE LA MONTAÑA

80 ♦ DANIEL ALBERTO ROCCO CONTRERAS: TEJIENDO CÍRCULOS Y FIBRAS

PARTE III: MANQHAPACHA

96 ♦ ÑAUREA GRANADOS DE FIGUEROA: ATARDECER DE LAMENTOS

108 ♦ VOLCÁNICA Y NATALIA PARDO VILLAVECES: RESONANCIA VOLCÁNICA

EPÍLOGO: KHÄ PACHA

124 ♦ NATALIA MONTOYA LECAROS: HUACA Y SOL DE PLAYA INTERIOR

INTRODUCCIÓN

**VICTORIA VARGAS-DOWNING
Y REBECCA JARMAN
TIERRA MOVIDA | MOVING MOUNTAINS**

Rebecca Jarman (rebeccajarman.co.uk), profesora titular en estudios latinoamericanos de la Universidad de Leeds en Inglaterra, donde trabaja como directora del proyecto Tierra Moviada (Moving Mountains) becada por el Arts and Humanities Research Council. Lleva casi una década estudiando los impactos de los desastres geológicos en los Andes a nivel de la comunidad y ha trabajado con escritores, artistas, actores, cineastas y sobrevivientes armando un diverso programa cultural que conmemora estos eventos. Los resultados de sus investigaciones han sido publicados tanto en revistas académicas como en órganos de difusión para públicos generales. Es autora del libro *Representing the Barrios: Culture, Politics, and Poverty in Twentieth-Century Caracas* (University of Pittsburgh Press, 2023).

Victoria Vargas-Downing, historiadora del arte e investigadora del patrimonio chilena que reside en Reino Unido. Doctora de la Escuela de Arte, Historia del Arte y Estudios Culturales de la Universidad de Leeds. Inspirada por el desierto chileno, donde crece, explora el patrimonio desde perspectivas feministas y decoloniales a través del arte contemporáneo. Su trabajo es una trama de relaciones que cruzan lo académico, el lenguaje, el feminismo, las migraciones, el arte y el patrimonio desafiando y proponiendo alternativas a formas hegemónicas de conocimiento. Es Engagement Fellow del proyecto Tierra Moviada (Moving Mountains) y coordinadora del capítulo Latinoamericano y del Caribe de la Asociación de Estudios Críticos del Patrimonio.

Escribir en conjunto: enfrentarnos a una página en blanco cual pico montañoso de los Andes. Entre el miedo al vacío y el caminar de nuestros ojos al ver las páginas, nos adentramos hacia distintos portales que atraen la diversidad de experiencias en la conversación sobre los Andes.

¿Cómo hablar de un espacio tan diverso, de los umbrales que atravesamos cuando nos acercamos a esas montañas nevadas, desnudas, frondosas e impredecibles casi, como páginas en blanco? ¿Cómo esa cadena montañososa se siente en cada uno de sus vínculos y cómo esas experiencias devienen en libro?

Nosotros, los Andes es una conversación textual que busca abrir esos portales andinos, donde historias y conocimientos se entretujan para acercar al lector a formas sentidas, olidas, escuchadas y caminadas que configuran las montañas que nos resguardan, amenazan y habitamos, incluso desde la distancia.

Pensar *Nosotros, los Andes* abarca experiencias geodésicas, físicas, emocionales y espirituales que cruzan los caminos serpenteantes, que suben y bajan para observar desde lo alto, así como a ras del suelo, a los pies de la montaña. Pensar qué es, cómo se siente y se vive la cordillera, traza un sendero que traslada a los lectores por rutas que activan memorias y abren cavernas en cada página.

Esta edición se compone de narraciones, imágenes, obras experimentales, historias y visiones que buscan dar cuerpo y presencia a las montañas con las que los autores se relacionan. Todas ellas parten de los Andes, de diversos Andes, desde el sur de Chile hasta el norte de Venezuela. Las aventuras y las transformaciones, los desastres ecológicos, las maravillas, los viajes en el tiempo y el espacio, el cuidado y el respeto por los guardianes con forma de toros, perros, volcanes y leones aparecen en las páginas que siguen, conjuntamente con vivencias que, como réplicas sísmicas, abordan estas imágenes y movimientos.

El proceso de aproximarnos a los Andes parte de la diversidad y de comprender que los Andes no es uno solo, sino que —como la

cadena que es—, se compone de distintos eslabones que interactúan de maneras particulares entre sus componentes. Montañas frondosas, negruzcas, nevadas, cóncavas e incluso desérticas son parte de la variedad que nos nutre y que da pie a que seamos nosotros, también, los Andes.

En su estructura, la publicación toma la forma geométrica de una montaña que a la vez sirve como abstracción de la cosmología aymara, según lo explica Silvia Rivera Cusicanqui en su libro *Sociología de la imagen*: «una oposición dual (arriba/abajo) que crea una zona intermedia o *taypi* formando así una estructura tripartita que eventualmente toma una forma cuatripartita».¹

En lo más alto existe el *alaxpacha*, el mundo de arriba, exterior y luminoso que es también el lugar del espíritu y lo protector. El *alaxpacha* se opone al *manqhapacha*, el mundo de abajo, interior, oscuro, «pero ambos solo pueden ser vividos desde el *akapacha*: el aquí-ahora de la historia, el espacio-tiempo en el que la sociedad "camina" por su senda». De ahí surge un cuarto mundo, el *khäpacha*, que es la dimensión de lo que aún no existe, «una suerte de potencialidad en permanente desplazamiento».²

La forma cuatripartita de estas pachas se asemeja a la simetría triangular de la montaña: en su punto más alto se encuentra su pico; en su cruce más ancho, sus valles; y en su punto más bajo están sus raíces que eventualmente desaparecen en el manto. Siendo parte de este ecosistema, *Nosotros, los Andes* comparte esta geometría, mientras reconoce que todos sus componentes se coproducen entre sí, y sus mundos niegan la separación o la estasis.

- 1 Silvia Rivera Cusicanqui, *Sociología de la imagen: miradas ch'ixi desde la historia andina* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2015), 210.
- 2 Cusicanqui, *Sociología de la imagen*, 211.

PARTE I

Alaxpacha nos transporta al mundo celestial y al universo de lo divino. Comienza con una intervención de la artista venezolana Lucía Pizzani, acompañada por los poemas de Ana Enriqueta Terán, Antonio López-Ortega y Ramón Palomares. La serie *Seres vegetales* nos ofrece deidades con forma de picos, cascadas y entes vegetales que permiten ver, aunque sea con ojos entrecerrados, cómo estos seres se manifiestan para guiarnos. Esas imágenes y poemas nos miran e interpelan invitándonos a repensar sus formas y lenguajes, los múltiples componentes de lo visible e invisible que nos protegen y, a la vez, nos alimentan en las montañas.

Por otra parte, en su texto, «Los Andes: del blanco al gris», el geólogo Víctor Hernán Cubillos Quintero sube a la cima del Nevado del Ruiz, también conocido como el «León dormido», en su Colombia natal. Mirando hacia el nevado, Cubillos Quintero nos pinta un retrato de colores cambiantes, escalas que en el tiempo van develando las transformaciones encapsuladas por esta fuerza geofísica, que evade la comprensión del mero ser humano y ha marcado indeleblemente su vida.

PARTE II

Akapacha nos traslada al aquí y el ahora con personas cuyas vidas están estrechamente ligadas con las sendas de los Andes. La geógrafa Andrea Vásquez en «Buscando al volcán Calbuco a siete años de su última erupción», toma una ruta mientras el volcán duerme, que nos permite aproximarnos desde lejos y con cuidado. Vásquez se detiene en las sensaciones y emociones de este viaje a la cumbre para que podamos acompañarla en la memoria del Calbuco. Su texto reflexiona de forma sensorial sobre las capas superpuestas que nos conducen hacia lo nuevo y desconocido, los desafíos de un camino para reunirse con un volcán que solo se deja ver según su capricho.

Seguido tenemos el relato, «Yo en las montañas», donde la alpinista Gladys Jiménez explica cómo en su experiencia las cordilleras peruanas han sido espacio de exploración, diversión y educación desde su infancia. Su narración activa los juegos en los campos sagrados de ciudades destruidas y se pierde en las zonas más remotas de los cerros. Guiados por Jiménez, el texto nos invita a seguirla entre su mirada científica y la historia de su familia en la cordillera, compartiendo saberes de plantas y criaturas únicas que conforman el ecosistema ancashina.

Así mismo, en «Los dientes de la montaña» caminamos junto al antropólogo Tomás J. Usón por largos senderos que cruzan Chile, Perú, Bolivia y Argentina, donde nos encontramos con varios compañeros animales. Muchas veces son cruces forzados con estos guardianes de los Andes, donde algunos son más amigables que otros y, en este sentido, Usón argumenta que los perros nos enseñan sobre la biopolítica de los territorios y sobre lo que significa ser forastero en la montaña.

Concluyendo nuestra incursión por las sendas sociales de los Andes inhabitados, «Tejiendo círculos y fibras» es el título del capítulo de Daniel Alberto Rocco Contreras, etnólogo tachirense que escribe una oda a las sierras venezolanas. Recopilando sus investigaciones sobre la artesanía en los Pueblos del Sur de Mérida, reflexiona acerca de las vueltas que da la vida y cómo la práctica de tejer con fibras naturales en forma circular permite conectar con el pasado y sentir la presencia de los muertos.

PARTE III

Manqhapacha representa un descenso a lo subterráneo. Empieza con «Atardecer de lamentos», un testimonio escrito por Áurea Granados de Figueroa, una de las pocas sobrevivientes del aluvión del 1970 que sepultó al pueblo peruano de Yungay en su totalidad. Por primera vez, Áurea nos cuenta acerca de su experiencia cuando escapó del lodo que enterró todo lo que conocía y que casi la llevó hacia la muerte. Su relato nos transporta a la escena

posterior del terremoto alud, nos muestra la ferocidad del barro y manifiesta que con el tiempo y la fe, esta oscura etapa de su vida la hizo renacer como la persona valiente que es hoy en día.

Finalmente, le sigue «Resonancia volcánica», un texto performativo a cuatro actos para tres voces concebido por el colectivo artístico Volcánica, compuesto por alfonso borragán y Santiago Reyes Villaveces, en conversación con la vulcanóloga Natalia Pardo Villaveces. Con ellos navegamos hacia las profundidades tectónicas del volcán, comprendido en su expresión fragmentada y masiva. Esta odisea hacia el centro del planeta, que nos descompone en moléculas y nos expulsa en gases, retorna a la pregunta sobre qué significa ser humano.

PARTE IV

Khä pacha, a manera de un epílogo visual, invita al lector a soñar y especular con estos entes colosales cuasi impensables. *Huaca* y *Sol de playa interior*, pinturas de Natalia Montoya Lecaros, visualizan formas, energías y fuerzas que abren umbrales mezclando sueños y paisajes interiores. *Huaca* muestra una composición geológica donde las capas de la tierra se extienden hacia las profundidades de la montaña, cuyas energías se expanden sobre ella, mientras que *Sol de playa interior* nos despliega un mundo habitado por deidades subterráneas, entidades cerámicas, ensoñaciones y montañas invertidas que cierran y despliegan nuevos caminos para leer este libro.

¿Qué otras lecturas se pueden descubrir para que seamos *nosotros los Andes*?



Huascarán, 2023

PARTE I

ALAXPACHA

SERES VEGETALES

LUCÍA PIZZANI

Lucía Pizzani, Caracas, Venezuela, se establece en Londres. Artista multimedial que trabaja con fotografía, cerámica, video, dibujo, *performance* e instalación. Su práctica expresiva tiene que ver con el cuerpo y el yo, siempre informados por la materialidad. Una de sus principales preocupaciones es la interrelación entre las narrativas de las mujeres en la historia y los procesos de metamorfosis en el mundo natural. Tras muchos años en el movimiento ecologista de Venezuela, siempre ha incorporado estos elementos en su obra. Su obra forma parte de la Colección TATE, Museo de Arte Contemporáneo Magasin III, Estocolmo, Essex Collection for Art from Latin America ESCALA y la Colección Patricia Phelps de Cisneros. Entre sus exposiciones, residencias y encargos más recientes figuran *Planet B Climate Change and the new sublime*, comisariada por Nicolas Bourriaud en Palazzo Bolanni, Venecia, Peckham24, Londres, Casino Luxembourg, Museo TEA, Tenerife, Casa Wabi y Jardín Botánico de Puerto Escondido, Oaxaca, LaunchPad Lab, Charente y Hacienda La Trinidad Parque Cultural, Caracas. Lucía Pizzani acompaña sus obras con textos literarios de los escritores venezolanos Ana Enriqueta Terán, Antonio López-Ortega y Ramón Palomares.



UNA ISLA

ANA ENRIQUETA TERÁN

Recuerdo una isla fundada sobre acordeones marinos.
Necesaria a los días de mi abundancia.
Lejana, silenciosamente construida como toda ave en reposo.
Una isla con pechos heráldicos, ojerosa y con huesos azules
como una bandera que insiste en la noche.
Recuerdo una culebra justo abandonando su antigua piel
quedando en seda, en marcha ritual, en pura lazada y místico impulso
hacia mi isla, mi coronada y siempre lúcida
como esa voz que alerta en el sueño.

Ana Enriqueta Terán, «Una isla», en *Rasgos comunes. Antología de poesía venezolana del siglo xx*, edits. Antonio López-Ortega et al. (Madrid: Pre-textos, 2019), 378.

Página anterior: *Deidad de la montaña*, 2024
Collage fotográfico digital

Páginas siguientes: *Deidad Cascada-Ave*, 2024
Collage fotográfico digital





AGUA VIVA

ANTONIO LÓPEZ-ORTEGA

Una escena se repite permanentemente en mi memoria: mi padre avanzando con un viejo Plymouth azul rumbo a los Andes. Puede ser un fin de semana o durante las largas vacaciones de agosto pero el carro, imperturbable, va dejando atrás las llanezas de Lagunillas y Mene Grande para aventurar su trompa hacia tierras más altas. Yo soy apenas —cómo explicarlo— algo más que rodillas, algo más que mis piernas colgando en el asiento trasero. Mi hermana podría estar con el rostro prácticamente adosado a la ventanilla; mi hermano menor, con un carrito de hierro que pasea por esa carretera interminable de la ilusión. Lo que partía en dos nuestro itinerario, lo que fundaba un antes y un después, lo que separaba la espera de la esperanza, era llegar a una especie de caserío que yo siempre vi evolucionar sobre el puente que unía las dos riberas de un Chama presto a desembocar. Los carros llegaban a la cabecera, atravesaban lentamente el puente y se detenían a comprar cualquiera de las mercancías expuestas en las dos hileras de quioscos paralelos. De manera abarrotada, conformando un prisma de mil destellos, se podían ver mallas colgantes con mandarinas, toronjas en saco, yucas deformadas, quesos de cabra, aguacates abiertos de tajo, pernils de cochino colgando de ganchos de hierro, miel de abejas en botellas, duraznos de pulpa carnosa... Nuestra mirada se derramaba sobre el colorido de esos signos y no cesaba de penetrar en el sentido hasta que algún manjar se deslizara por nuestra boca. A la salida del puente, cuando una ruta empinada nos iba aproximando del cielo, lentos camiones cargados de asfalto ahogaban de pronto el empuje de los motores y toda una carga de gránulos negros se esparcía por la carretera para la complacencia de nuestro olfato ya saturado de fragancias. Tiempo ha pasado para que estos fémures pesados deambulen por tierras lejanas. He buscado en Friburgo la vivacidad de las imágenes perdidas, he intentado en la colegial Lawrence la reconstrucción de una escena que no me abandona. Y solo el

pensamiento responde, y solo estas líneas me devuelven al inicio. Todo quiere hacerme creer en mi propio extravío, pues, años después, cuando regresaba a Agua Viva para redescubrir mis pasos, una represa imponente contenía el caudal del Chama y borraba para siempre el puente de mi infancia.

Antonio López-Ortega, «Agua Viva» en *Lunar* (Caracas: Fundarte, 1996).

Páginas siguientes: *Seres vegetales frailejones*, 2024
Collage fotográfico digital





NATIVOS

RAMÓN PALOMARES

a J. V. Abreu

Nacimos en este pueblo donde la gente vive preguntando por los
de lejos

—Eufrasio —Denme razón de Eufrasio

—¿Ustedes no me han visto a Eufrasio?

Aí se reían los otros y se iban al momento

No sabían otra cosa.

Y cuando caminábamos siempre íbamos por ese pueblo

Lo que hay son puros extraños

gente forastera que beneficia animales y los cuece de una vez
para vender.

Nosotros pasamos preguntando por una tierra

—Hágame el favor, ¿qué es lo que queda aquí?

¿Cómo llaman por estos lados?

Nombres distintos siempre

Dentro de un tiempo. ¡Ni quién nos entienda!

Íbamos buscando esa tierra

Lo que antes eran caídas de aguas, musgos, olor de bosta

Aí íbamos

—No señor; que aquí no le conocemos esas iglesias azules
esos animales

Lo de por aquí no es nativo, viene de lejos

Son nubes

El alma de uno iba extrañándose

Se alejaba.

Veces que se estaba demasiado

Nos parecía prestada

—Decíme corazón, ¿dónde estamos?

Ya no estábamos

Éramos una gente que iba caminando

Unos buscábamos un pueblo, una tierra

Otros ya no

Y cuando mirábamos abajo
Pues allí estaban esos poblados
Ventas
gentes forasteras que vendían carne sacrificada, dulces, hojalatas
Otros le abrían puertas a la tierra
Y se veían apretujados, unos encima de otros
Humeaban
Sacaban chispas
Decirle a su alma:

—Esto no es ni la sombra!

—¡Cuidado con quedarse!
¡Nos agarran por el pescuezo y nos sacuden la cabeza!
Mírenme esto:

Lo que una vez fuera un valle de truenos
ya no es más que siseo.
Otros tomaron los caminos, el agua, los lugares de airearse
Quemazones era lo que se divisaba
Troncos de cedro y apamate y toda madera
iban por los días y las noches arreando hacia las construcciones
Peladeros quedaban
Pobres chamizales
y un gran calor.
Por debajo nos sacaban la sangre,
por los pies se nos iba,
sangre de uno a los remotos mundos....
Tristeza sí.
Tristeza de sentirse andando sin saber
Qué dónde, qué fines, qué muertes y qué purgas
son

Ramón Palomares, «Nativos», en *Rasgos comunes. Antología de poesía venezolana del siglo xx*, edits. Antonio López-Ortega et al. (Madrid: PreTextos, 2019), 600-602.

LOS ANDES: DEL BLANCO AL GRIS

VÍCTOR HERNÁN CUBILLOS QUINTERO

Víctor Hernán Cubillos Quintero (vihercu@hotmail.com), Manizales, Colombia, geólogo con estudios de postgrado en Francia y Canadá. Autor del libro *No íbamos para Armero: testimonio de un sobreviviente*, 2015 (<http://noibamosparaarmero.weebly.com>), crónica de su experiencia la noche del 13 de noviembre de 1985 cuando hacía parte del grupo de estudiantes de geología víctima de la erupción del Nevado del Ruiz. El 14 de noviembre de 2010, en conmemoración de los 25 años de la tragedia, *El Espectador* publicó el artículo «La bestia que se tragó a Armero», basado en su recuento personal de los hechos. En 2004, grabó el cd *Cantando mi vida*, que incluye la canción «Volver a nacer» en homenaje a las víctimas del desastre. En octubre del 2002 se radica en Canadá, donde ejerce su profesión y mantiene contacto con su país de origen visitándolo regularmente.

Mis primeros recuerdos de los Andes se remontan a comienzos de los años setenta del siglo xx, cuando apenas era un niño. Me veo sentado de lado en la banqueta trasera de un Land Rover modelo 1968 ascendiendo curva tras curva por la carretera que desde Manizales conduce al Nevado del Ruiz en el centro-oeste de Colombia.

Al cabo de poco más de una hora, el cómodo trayecto pavimentado le da paso a un carreteable pedregoso o «tramo destapado», como se conoce localmente. La neblina y el viento se van apoderando de un paisaje dominado por las figuras fantasmagóricas de los frailejones, esas extrañas y enigmáticas plantas que crecen en los páramos. Es un ecosistema único donde el agua se acumula en cojines de líquenes y musgos, presente tan solo en los Andes ecuatoriales por encima de los 4.000 metros de altitud.

Pero mi mayor impresión, y la imagen imborrable que guardo, fue la llegada al refugio turístico, una construcción al estilo chalet suizo donde terminaba la vía de acceso. Al divisarlo, quedé deslumbrado por la blancura resplandeciente de la nieve que se acumulaba justo a los lados. Sentí como si estuviéramos entrando en una nube densa y brillante que por poco nos obnubilaba.

El encuentro infantil con ese blanco enceguedor de la nieve significó a la vez percibir la pureza de la inocencia todavía presente en esa personita imberbe que yo era; pero también fue la primera oportunidad de maravillarme con la idea de la grandeza y los fenómenos inescrutables de la naturaleza, que lejos estaba siquiera de vislumbrar o llegar a comprender.

Tal vez por esto y de manera inconsciente, con los años me convertí en estudiante de geología, para más de una década después repetir la misma ruta hacia el Nevado del Ruiz, en esa ocasión a bordo de una buseta de la Universidad de Caldas. Esa vez, el blanco no resplandecía al final del camino.

De repente, los mitos heredados de nuestra tradición ancestral comenzaron a desmoronarse. Por ejemplo, las nieves que



El refugio del Nevado del Ruiz, 1974

considerábamos perpetuas se habían derretido parcialmente y ya no se veían cerca. Había que ascender alto en la montaña para poder pisarlas y tocarlas. Ya el panorama se había transformado en un paisaje opaco, polvoriento, áspero, acre, reseco, mineral.

También se derrumbó nuestra arraigada creencia con respecto a que el Ruiz era un «León dormido», como lo denominábamos, que constituía tan solo un volcán apagado. Fue para la época de nuestra universitaria visita, cuando descubrimos que en realidad no lo estaba. Los Andes se revelaron una vez más ante nosotros para recordarnos sus misterios y su poder.

En efecto, el volcán Nevado del Ruiz después de más de un siglo en estado de reposo y de letargo, comenzó a mostrar signos de reactivación en 1984. Su despertar estuvo marcado por movimientos telúricos y rugidos en la montaña, junto con lluvias de productos piroclásticos salidos del interior del conducto eruptivo, que ascienden a través de kilométricas columnas de gases y vapores. Más tarde, el viento se encarga de suspender y transportar partículas tan diminutas como la harina salida de los molinos, que la inercia causada por la atracción de la gravedad terrestre termina por depositar a lo largo y ancho de toda la región.

Para nuestro ingenuo y principiante imaginario, la fuerza eruptiva silenciosa y aparentemente contenida estaba representada por el extinto cráter de La Olleta, el cono apagado y erosionado que se asoma en lo alto al frente de Manizales. Justo hasta allí ascendimos aquella tarde de excursión geológica, hundiéndonos suavemente a medida que avanzábamos entre sus laderas arenosas. Pudimos por fin observar extasiados los fragmentos de piedra pómez y los bordes de las paredes resquebrajadas de roca vidriosa precipitándose en pedazos para perderse en las profundidades insondables. Comprobamos que, en realidad, La Olleta no estaba sola y era más bien una de las «bocas» del Ruiz.

Fue también nuestro primer contacto con las andesitas, esas rocas cuyo nombre se deriva de nuestras montañas tutelares. No son productos eruptivos, sino el resultado del enfriamiento lento

y profundo del magma que alimenta los volcanes, sin alcanzar el ascenso a la superficie. Se les llama rocas cristalinas, pues albergan minerales geoméricamente bien desarrollados y dispuestos en una textura de rectángulos, cuadrados, rombos y semicírculos representados por el cuarzo, los feldespatos, la plagioclasa, las micas, los piroxenos, los anfíboles y trazas de metales. Las andesitas no son ni claras ni oscuras, ni blancas ni negras, ni ácidas ni básicas, ni félsicas ni ferromagnesianas. Las andesitas son consideradas y clasificadas simplemente como rocas intermedias.

En ese momento en consecuencia, el gris pasó a ser el color dominante. Porque resulta que había otros cráteres, en especial uno posterior, situado en la cumbre —escondido de la mirada directa desde Manizales— nevado, pero por sobre todo, activo. Los indígenas de la cultura Quimbaya lo llamaron Kumanday (Blanco hermoso) y desde tiempos modernos se conoce como cráter Arenas. El Arenas es la verdadera fiera en estado transiente. Cuando despierta, comienza a expeler un hongo de gases y partículas arrancadas de su interior —gracias a la presión termodinámica del magma en ascenso— con las que cubre de cenizas y tiñe de sulfúrico ocre y de polvo gris las laderas blanquecinas, los campos, caseríos y ciudades circunvecinas. Puede hasta derretir parte de su casquete glacial y convertirlo en una avalancha de muerte y destrucción, como ha ocurrido ya cíclicamente.

En últimas, la montaña constituye el principio y el fin. De hecho, las cordilleras andinas emergieron lento desde las profundidades oceánicas como resultado de la incesante colisión de bloques tectónicos. El zócalo profundo e incandescente penetra por debajo de la corteza de rocas más ligeras para ir las levantando, comprimiendo y luego convertirlas en cadenas de cerros, riscos, colinas y montes. Los fluidos profundos también portan la vida y alimentan los volcanes que a su vez crean nuevas capas de terreno. En contraste, la conjunción entre la actividad volcánica, el abrupto relieve de estas montañas recién formadas y el ímpetu de las corrientes fluviales, son capaces de arrasarlo todo a su paso convertidos en torrentes incontenibles y devastadores.



Emision de gases y cenizas del cráter Arenas (en primer plano a la derecha, el extinto cráter La Olleta), 18 de abril de 2023

Asistimos —en la escala infinitesimal del tiempo humano— a cambios dramáticos en la fisonomía de nuestros Andes majestuosos. Pero a la luz y en términos del tiempo geológico, solo subsiste el volcán con sus intermitentes ciclos, producto de su energía inagotable. Es la fuente que irriga la tierra con su contenido mineral, para fertilizar los suelos y reverdecer aquello que antes sepultó. Y vaya ironía, el volcán y la geología tienen el tiempo que los humanos apenas alcanzamos a imaginar.

Hoy, aquellos esquiadores que descendían falda abajo hacia el refugio no son más que un remoto recuerdo y ni siquiera el chalet existe ya. Los campos de frailejones ya no están tan tupidos, pues las fincas de ganado lechero y cultivos de papa han ganado terreno. Lenta e inexorablemente, las cumbres nevadas se vuelven cada vez más pequeñas y el gris ceniciento se apodera o recupera su espacio natural. Es que el cambio climático siempre ha sucedido como parte de la geodinámica terrestre, solo que en escalas y periodos de tiempo variables de los que apenas nos estamos dando cuenta. Pareciera que las montañas blancas andinas se tornarían grises dentro de unas cuantas décadas, aunque de igual manera, la posibilidad de un episodio glacial o una nueva «edad del hielo» se puede descartar ni detener o controlar usando nuestra tecnología. Pensar lo contrario, no es solo arrogante y a la vez cándido, sino también patéticamente atrevido. Si no hemos podido descifrar y comprender de dónde venimos, es difícil que estemos en capacidad de prever hacia dónde vamos. Nuestro aún incipiente estado de conocimiento no nos permite al menos predecir a cabalidad una erupción volcánica. Menos todavía estamos en condiciones de regular o siquiera anticipar las variaciones de la temperatura global del planeta. ¡La máquina Gaia no necesita de nuestra ayuda para mantener su equilibrio perfecto y superior!

¿Que irá a pasar mañana con los frailejones, los musgos y los líquenes? Ellos representan el color verde de la esperanza. Su protección y preservación significan ni más ni menos la garantía de contar con el agua que nos da la vida misma. Si un día los páramos desaparecieran de la faz de la tierra, ¿será que otros entes, una nueva evolución biológica tomarán su lugar?

En el parpadeo que constituye la existencia humana comparada con los millones de años acumulados en la formación de un volcán o de una montaña, cualquier escenario resulta tan desconocido como posible. Aunque nuestra ciencia pretenda intervenir para salvarnos de nosotros mismos en una carrera ilusoria y quimérica en busca de dominar el orden planetario, nada detendrá los procesos supremos de reajuste terráqueo. Tal vez logremos a lo sumo retardar lo inevitable. En todo caso, no podemos dejar de lado la humildad de reconocernos a merced y no por encima de la naturaleza. Al fin y al cabo, no somos sino una brizna, insignificantes ante cualquier evento geológico así sea local.

No nos queda sino aceptar nuestra ignorancia, la cual nos llama a conformarnos con la contemplación nostálgica de nuestra memoria y archivos, para de esta manera lograr comprender que nuestra imponente cordillera está viva y en constante evolución. Mientras, tenemos que prepararnos para un futuro más gris e incierto. Sin la nieve y sin los páramos proveyendo el líquido vital para alimentar nuestros ríos y quebradas, para abrevar los animales y para humedecer los pastos y las hojas de los árboles: ¿que será del rocío y de la niebla?, ¿cuál será la suerte de la vida misma?, ¿estaremos condenados a desaparecer y transmutarnos en registros fósiles destinados a suprayacer los dinosaurios cretácicos en el techo de una columna estratigráfica reservada al estudio de inteligencias renovadas?

En el futuro, para cuando vuelva a desandar los pasos por aquellos parajes del Nevado del Ruiz, ya sea durante el otoño de mi vida, perpetuado en uno de mis descendientes o como espíritu etéreo y eterno; quizá yo ya no encuentre nieve y todo sea gris. También es posible que el blanco deslumbrante de mi memoria infantil sea otra vez el entorno natural de esta geografía, reiniciando así un nuevo ciclo de creación y destrucción geológica al cabo de unos cuantos miles de años.

Al final, seguiremos siendo para siempre: ¡Nosotros, los Andes!



Frailejones del páramo en las inmediaciones de Murillo, Tolima, en la zona de amortiguación del Parque Nacional Natural del Nevado del Ruiz, 2024

PARTE II

АКАРАСНА

**BUSCANDO
EL VOLCÁN
CALBUCO A
SIETE AÑOS
DE SU
ÚLTIMA
ERUPCIÓN**

ANDREA VÁSQUEZ

Andrea Vásquez, geógrafa y máster en Desarrollo Urbano de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Durante los últimos doce años ha estudiado la preparación para desastres en comunidades expuestas a distintos peligros de origen natural, como terremotos, tsunamis y erupciones volcánicas, trabajando con colectivos escolares. Su principal interés es el uso de tecnologías inmersivas para la comunicación y aprendizaje de preparación para desastres en comunidades subrepresentadas. Ha publicado en la revista *WoS* y ha participado en conferencias internacionales. En su tiempo libre sube volcanes en los Andes del sur, toca el ukelele y escribe poemas con sus hijos.

Estas líneas narran mi propia experiencia recorriendo los Andes del sur de Chile, montaña joven, colosal y aún en formación. Quien ha conocido Chile, ha conocido su paisaje, construido por lenguas de fuego en una superficie montañosa testigo de erupciones milenarias, recientes y ciertamente futuras. Los siguientes párrafos son una invitación a recorrer este territorio en el ascenso hacia el Calbuco, cuya última erupción ocurrió en 2015 y está catalogado como el tercer volcán más peligroso de Chile, después del Villarrica y Llaima. Esta caminata es un recorrido por la montaña cuando está calma, cuando en sus sonidos, lejos de las voces de ultratumba terrestre, aparece la vida, el canto de los pájaros, el agua que fluye entre la lava enfriada y sólida, que tiñe de nuevos colores y formas el paisaje.

En un viaje hacia la montaña en calma es inevitable pensar cómo será la próxima erupción, cuando el volcán despierte, vuelva a rugir y su lava arrase de nuevo con todo en su camino. ¿Comenzará como la última vez? ¿De forma súbita, engañando cualquier sistema de alerta y monitoreo? ¿Hacia dónde evacuarán esta vez los habitantes de los pueblos aledaños?, ¿adónde irán sus miedos?, ¿vendrán a rescatarlos sus propias memorias? En esta ventana de tiempo donde podemos sentir, observar y aproximarnos a la montaña a pie, logramos también acercarnos a su memoria, sus espacios recónditos y por única vez accesibles, imaginar cómo fueron y conocer sus señales para mirar al futuro.

Esta expedición de tres días tuvo por objetivo adentrarnos en el volcán, conocerlo y entender desde las alturas de los Andes cómo un paisaje tan sobrecogedor puede ser, al mismo tiempo, tan peligroso. A esta caminata fui acompañada por un montañista de la zona con quien planificamos el ascenso. La montaña, que siempre guarda un secreto y nos da un regalo al final de la travesía, nos obsequió esta vez su calma, sus caminos sinuosos y, ante nuestra mirada inquieta, no se dejó ver hasta cerca de la cumbre.

**LUNES, 9 DE MAYO, 2022.
RESERVA NACIONAL LLANQUIHUE,
500 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR**

Partiendo en un día despejado a las 10 de la mañana, después de una semana de tormenta, seguimos el sendero señalado por algunas estacas que aparecen cada cierto tiempo en el camino. Al lado izquierdo, se escucha un silencio ensordecedor y al derecho, la invitación a avanzar por el bosque, sus sombras y sonidos. De este lado (derecho) está lleno de vida, árboles, plantas, barro y un arroyo que se escucha a lo lejos, aunque no se ve. Tampoco se ve una forma cónica ni los cerros propios de las montañas volcánicas. Camino sobre un bosque que a veces no pareciera un bosque, que se alterna entre el gris de los troncos quemados y el silencio de un río sin agua.

Mirando hacia adelante y atrás, logro identificar el camino de la montaña y sus arenas jóvenes, los bolones de colores grises y rojizos, de un tamaño intimidante: lo suficientemente altos para escalarlos, lo suficientemente anchos para recorrerlos, lo suficientemente diversos para alzar la vista y querer descubrir cómo son las rocas más adelante. En medio de un bosque intermitente entre troncos huecos y partidos, se alternan los renovales. Acá han transcurrido miles de años de historia y mis pasos andan sobre el suelo que ha sido sostén de esa historia, un suelo orgánico que permite la vida quién sabe sobre cuánta lava ya sepultada. Miro al suelo y solo veo mis zapatillas empapadas por el lodo.

En este punto, se escuchan nuestros pasos sobre la tierra húmeda un día después de la tormenta, contrastados con una especie de arroyo seco pero ancho, silencioso, caluroso y lleno de arena. Mirando hacia allá escucho una cascada. La oigo, existe, no sé dónde, ni sé si es lejana. No la puedo ver, así como no puedo ver el volcán, pero sé que estoy en él y que lo estoy pisando, aunque no sea evidente ni reconocible del todo. Sin el fuego ni la expulsión de rocas, caminar por sus suelos no reviste riesgo. Pero sé que la erupción ocurrirá, quizás en algún momento de mi vida y sé que el camino que veo hoy, no será igual después del próximo evento.



Mirando la cumbre, 2022

El río seco que divisé en esta primera porción del trayecto es el lahar. Por ahí bajó la lava en 2015 y destruyó los bosques milenarios de alerce y lenga, nativos del sur de Chile. También destruyó obras de ingeniería hidráulica. Hoy solo parece un río sin agua, como cuando muestran imágenes del planeta Marte y uno ve resquicios de desniveles donde se atribuye que pudo haber habido vida. A simple vista, el paso de un lahar pareciera un caudal árido, en ningún caso el río de lava que va a casi 1.000 °C de temperatura (unas treinta veces la temperatura máxima del verano de Santiago de Chile, 37 °C). Algo casi inimaginable para los ríos que bajan de las nieves eternas, que a veces se congelan.

¿Dónde estamos? Seguimos y al cabo de unas horas un arroyo se oye cada vez más fuerte. ¿Cómo será, cuán grande? Una puerta de madera pequeña y sin cerradura permite el paso hacia el puente para cruzar el estero de aguas cristalinas. Después de haber caminado por unas horas, pienso «esto ya es definitivamente bosque» frondoso en todas las direcciones. Al otro lado del arroyo hay un campo verde y abierto. Se oyen a lo lejos unas vacas y alrededor no hay atisbos de ninguna montaña. Solo los árboles y sus copas altas e imponentes cubriendo, como una barrera, cualquier perspectiva más allá de los 300 metros. Estamos en un *loop*, esto es como volver al comienzo de la caminata, donde no sabemos qué encontraremos más adelante, pero tenemos la certeza de que estamos en la vía hacia el volcán.

«Es un campo privado», me aclara mi compañero de expedición. Un volcán que está protegido por una reserva nacional e inserto en un predio privado. La coexistencia de la contradicción: una experiencia cotidiana y no ajena a ningún desastre. Las próximas cuatro horas son de caminata en pendiente, por sendas sinuosas en la montaña que se empieza a volver cada vez más helada. Al cabo de cuatro horas cruzamos el primer río sin puente, en medio de agua cristalina y torrentosa, rodeado de paredes de rocas de basalto, una roca gris que parece firme, pero pisándola es resbaladiza. ¿Desde cuándo estarán ahí? ¿Cuántas erupciones han pasado desde que se formaron?

Un agua cristalina en medio de esos roqueríos es como un elemento que le ganó a un desastre de fuego. Y en su fluir en estado líquido le da tregua y cierta ficción a historias que hablan de fuego, lava, trauma, evacuación. En medio de este paisaje, más que riesgo hay una belleza solemne. ¿Cómo puede ser este el tercer volcán más peligroso de Chile?

Seguimos la travesía y encontramos murta, un fruto que alimenta a las liebres que habitan el lugar. Y también nos alimenta a nosotros. Asomándonos entre las rocas de basalto llegamos a un mirador que solo fue nuestro en esa oportunidad. Al fondo estaba el volcán, y en la lejanía subirlo me parecía imposible. Faltaba mucho camino para llegar adonde había que empezar el ascenso en sí mismo, pero estábamos en el volcán. Esas paredes de basalto corrían en paralelo a los ríos de lava de la última erupción, y el cono desfondado de fondo aparecía como una imagen de la fuerza colosal del volcán, sin forma cónica, sin parecer volcán y escondiéndose a los pocos minutos entre la neblina que empezó a cubrir la montaña.

El volcán así, en un mismo trayecto y en distintas cercanías, se aprecia contradictorio: inalcanzable en magnitud y esfuerzo físico y, por otra parte, una estructura montañosa con proximidad a escala humana. ¿La diferencia? dos días de caminata.

Ese lunes 9 de mayo terminó en el refugio, un área a partir del cual solo se permite la subida a los montañistas equipados, porque empieza la zona de acarreo. Ahí el bosque se detiene y comienza el ascenso entre una roca cada vez más abrasiva: la escoria volcánica. Armamos carpa, nos cercioramos de que no hubiera animales en los alrededores y tratamos de descansar. ¿Qué animales podríamos encontrar en un volcán? Zorros, liebres y eventualmente pumas (aunque un encuentro así sería extraordinario, los pumas aparecen cuando hay poca comida y empiezan a bajar para buscarla). No había nada, salvo una noche estrellada e inmensa. Las noches despejadas de montaña después de la tormenta son traicioneras, pues no son del todo silenciosas y más frías que de costumbre. En medio de esa magnitud no esperamos dormir, solo no mojarnos más y reponer algo de energía para seguir en las próximas horas.

MARTES, 10 DE MAYO, 2022.
REFUGIO DE MONTAÑA RESERVA NACIONAL LLANQUIHUE,
1.100 METROS SOBRE NIVEL DEL MAR

Partimos a las 6 de la mañana, desde la zona de acarreo, con arnés, casco y linterna frontal, dejando atrás el refugio de montaña. El paisaje desde arriba era completamente diferente. A las pocas horas de subida, sin que todavía el sol estuviera en lo alto, ya no se divisaba el bosque. Hacia abajo solo estaban los arbustos secos, manchones de nieve y rocas que afloraban del suelo. En una ruta zigzagueante llegamos al filo de la nieve, una pendiente que mi compañero catalogó de no pronunciada, pero que a mí me intimidó. En los caminos del volcán hay que examinar cada paso, y la decisión de seguir o detenerse puede ser crítica en algunos momentos. Ese fue uno de los momentos. Al este se divisaba la frontera con Argentina, hacia el oeste el lago Llanquihue, con sus aguas resplandecientes bajo el sol, atrás... abajo. Adelante, arriba, en mis pies, la nieve, firme y reflectante. La decisión correcta era atravesar rápido ese camino para alcanzar a ver —antes de nuestra hora límite para volver, el mediodía— el cono que se derrumbó en la última erupción.

Subimos, marcando cada paso con decisión, observando nuestros pies, pero sin mirar atrás. En la montaña vemos hacia atrás para tener una visual de orientación y tomar una decisión más informada. Pero en las alturas el punto de inflexión es claro, si uno se devuelve la misión se aborta hasta el próximo ascenso. La añoranza y evocación le corresponden al camino de descenso, a la contemplación del volcán desde sus pies.

Ya saliendo del manchón solo había escoria volcánica y el volcán arriba se dejaba ver bajo un cielo completamente abierto. Con los pasos firmes sobre la escoria, el viento a veces se detenía y parecía que ahí solo había silencio, un silencio conmovedor. Pero ese mismo silencio empezaba a silbar, imaginariamente, hasta volverse real, con ráfagas de viento que impedían mantenerse en pie. Supe que no haría cumbre ese día —tampoco durante esa expedición—, pues ya era hora de bajar. Observé todo a mi alrededor lo más que

pude, fijando mi propia cumbre a 1.800 metros. Y desde esa cumbre yo podía verlo todo. Divisé hacia arriba, la cima, ubicada en una pared de basalto a 200 metros de altura, a una hora de caminata y me despedí. Caminé hacia el oeste para tomar unas últimas fotos y divisar qué había después del filo montañoso que se distinguía en la distancia. A los pies del volcán descansaba un pueblo. ¡Wow! Quise bajar de inmediato. Pensé que quizás todos ellos ya conocían el volcán.

MIÉRCOLES, 11 DE MAYO, 2022. REFUGIO DE MONTAÑA RESERVA NACIONAL LLANQUIHUE, 1.100 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR

Iniciamos el descenso temprano por la mañana. En medio de una lluvia torrencial me despedí de mi compañero y seguí mi ruta en auto hacia la Escuela Rural Colonia Río Sur, una institución que tuvo la experiencia de la erupción del volcán Calbuco en 2015 y en donde, con el tiempo, trabajaría el tema de preparación ante erupciones volcánicas con niños. Ese día, me dirigía a la primera reunión con la directora del establecimiento, para presentar mi propuesta de gestión con su comunidad escolar. En el camino lluvioso del sur de Chile perdí la señal GPS, perdí señal de radio y me quedé en silencio, sola con mi temor a extraviarme en un camino de tierra en dirección única y en subida. En caminos de montaña no se puede manejar con miedo, así que conduje con decisión. Después de una curva cerrada, apareció, colosal como siempre, el volcán Calbuco. Sentí temor. Recorriéndolo a pie nunca lo vi tan grande. Acá en cambio parecía que se me podía venir encima.

Al final, después de salir de las curvas en pendiente y en subida, logré llegar a la escuela y les conté lo que había visto desde las alturas. Algunos niños me preguntaron si se podía subir y cuánto se demoraba, que si seguía el volcán después del bosque... entendí en ese momento que el volcán estaba ahí siempre, ofreciendo una vista divina, pero que quizás el único momento en que todos lo experimentan a escala humana, a pie, es cuando hay que evacuarlo, cuando representa un peligro real. Cuando emite humo y lava, el volcán se deja conocer a escala humana, cabe dentro de la distancia. En calma en cambio, el volcán es un espacio que se



Mi cumbre, 2022

divide en dos escalas: la de quienes lo suben y la de quienes lo aprecian desde lejos, sin encumbrarlo nunca.

Con los cielos despejándose después de la lluvia y desde la oficina de la directora de la escuela, se apreciaba la belleza de una montaña que encuadraba el paisaje como una postal. Sentada frente al volcán, me orienté. Ellos eran el pueblo que se veía desde arriba. Estando en esa escuela que llevaba más de sesenta años ahí, me pareció que, aunque no conocieran el volcán de cerca, ellos lo conocían mejor que nadie.

AGRADECIMIENTOS

Jorge Rosas Machmar, guía local @puntiagudoguides, quien me acompañó en esta expedición.

Rosa Meyer, directora Escuela Rural Colonia Río Sur, quien abrió las puertas de su institución escolar, y generosamente fue parte de mi proyecto de investigación doctoral, razón por la cual subí a este volcán.

A toda la comunidad escolar Colonia Río Sur, en especial a sus alumnos, padres y profesores.

Andrés Díaz, andinista, guía local, quien me inspiró a volver al volcán y la próxima vez hacer cumbre.

El volcán se muestra durante el descenso, 2022





Vista del volcán en 360°, 2022. <https://tinyurl.com/2bgo6nb9>



YO EN LAS MONTAÑAS

GLADYS JIMÉNEZ

Gladys Jiménez, Yungay, Perú, un pueblo en las faldas del Huascarán (la montaña más alta del país). Hereda de su abuela su profundo aprecio por la naturaleza. Es guía de caminata en la cordillera Blanca, Huayhuash y en Perú. Participa en la producción de proyectos audiovisuales y comunitarios. Le gusta la biología, escalar y correr en las montañas, incluso lo ha hecho en la cordillera del Himalaya. Junto a su compañero Jim, organiza paseos de caminatas y avistamiento de aves a través de Lost City Treks (www.lostcitytreks.com)

Los Andes, mi casa, mi hogar. 5.000 kilómetros de columna vertebral dividen las aguas continentales de Suramérica, y yo vivo en la parte noroccidental de los Andes peruanos, entre la cordillera Blanca y Negra. Nací en 1981, en el barrio de Cochahuain, a 100 metros de la ciudad sepultada por el trágico terremoto de 1970, uno de los desastres naturales más grandes en la historia de América. La ciudad de Yungay yacía tranquilamente en las faldas del nevado tutelar Huascarán, el nevado más alto de la cordillera Blanca y de Perú, cuando un domingo 31 de mayo a las 3:45 p. m. un terremoto de 7,8 grados en la escala de Richter, con repercusión de aluvión, hizo desaparecer por completo la ciudad, quedando solo cuatro palmeras y el cementerio. Este lugar es hoy conocido como el Campo Santo de Yungay.

Para los chicos del barrio y para mí, el Campo Santo era una extensión de nuestras casas. Era nuestro jardín donde nos gustaba jugar, correr, saltar, treparnos como monos en los bloques solitarios de piedra que el aluvión arrastró. Vagar entre las palmeras —lo único que el aluvión no tumbó—, visitar los mausoleos, incluso nos gustaba explorar el cementerio —allí donde alrededor de cien personas corrieron hasta lo más alto para salvar sus vidas y fueron testigos del desastre—. Para nosotros, a esa edad era difícil imaginar cómo fue la ciudad, cómo era que bajo nuestros pies estaban sepultados cientos de cuerpos.

Este espacio tenía un aspecto tranquilo, un campo amplio plano y verde con peñas grandes y medianas esparcidas por toda la pampa. Había plantas de agave, cactus de tuna, arbustos, además de dos acequias de aguas cristalinas que bordeaban todo el Campo Santo. Estas aguas bajan de las montañas, de las lagunas de Llanganuco, que se encuentran en una de las quebradas más visitadas de la cordillera Blanca. Allí también hallabas árboles de aliso, plantas de retama con intensos colores de amarillo. Nunca olvidaré el canto de silbidos altos con notas zumbantes de los huanchacos (pájaro de espalda negra y gris, pecho rojo brillante y cejas blancas) y por supuesto la espectacular vista del Apu Huascarán, elegante montaña de dos picos, cubierta de un manto blanco de nieve, con una presencia omnipotente, que se avizora



Huayhuash, 2017



Quebrada Santa Cruz, 2018

desde casi todo el Callejón de Huaylas. No por gusto esta ciudad se conocía con el apelativo de «Yungay hermosura».

Yungay no es el único lugar bello en el departamento. La geografía ancashina es muy accidentada, esto la hace muy especial: sus inmensas montañas onduladas, dentadas y cubiertas de nieve dan nacimiento a lagunas y ríos serpenteados, que abriendo paso van tallando y formando valles, quebradas, cañones. Los Andes peruanos se encuentran entre la línea costera y la amazónica y gracias a ello es muy rico en variedades de ecosistemas. Increíblemente en esta geografía accidentada, a veces de difícil acceso, es posible encontrar pequeños poblados de gente anciana y niños. Tristemente los jóvenes atraídos por la modernidad migran a las grandes urbes en busca de oportunidades, dejando atrás sus campos, sus vidas pueblerinas y, un día, añorando la vida del campo regresan durante las fechas festivas, para reconectar y reafirmar sus raíces.

Esta geografía también es la causa de grandes desastres naturales como el terremoto del setenta. Los Andes peruanos se encuentran dentro del cinturón de fuego, razón por la que son propensos a terremotos, pues las placas tectónicas están en constante fricción. Sumado a eso, tenemos una cadena grande de glaciares, que año tras año se descongelan y forman grandes lagunas (reservas naturales de agua con débiles diques morrénicos) que fácilmente se romperían con un fuerte terremoto.

Mientras nosotros jugábamos y reíamos en el Campo Santo con la inocencia que caracteriza a los niños, los adultos sobrevivientes del terremoto se lamentaban una y otra vez de haber perdido su pueblo, familiares y amigos. No había tema de conversación donde no se hablará del terremoto. Los que sobrevivieron a ese desastre llevan traumas muy profundos, algunos intentaron superarlos y otros se fueron con ellos hasta la tumba. Mi abuela fue una de ellas.

¡Cómo es la vida, así como te la da también te la quita!

Jugando en el Campo Santo, caminando con mis padres hacia los campos de cultivo —dos horas cuesta arriba— acompañando a mi abuela, una de las pocas parteras y curandera, explorando lagunas y quebradas de mi región, así empezó mi aventura de vida por los Andes. Me siento afortunada de haber pasado mi niñez y parte de mi adolescencia con mi abuela. Ella como partera y curandera conocida me pedía que la acompañara a visitar algunos de sus pacientes. A veces teníamos que caminar, cruzar ríos para llegar a las casas de los enfermos. Mi abuela creció en una zona rural del Callejón de Los Conchucos. Allá el sistema médico es deficiente y limitado, por ello, aficionadas a la medicina adquieren conocimientos ancestrales como la medicina natural y se convierten en curanderas. Curan mal de ojo, sustos, empachos, torceduras, algunas infecciones usando plantas medicinales del campo. Estas experiencias inconscientemente fueron marcando y ampliando mi horizonte, y así poco a poco he venido conociendo estas tierras milenarias.

Hace dos años, un poco después de toda la locura del COVID-19, mi compañero de vida y yo decidimos visitar el resto arqueológico de Espíritu Pampa. Este lugar es considerado el último refugio de los Incas y está ubicado a 1.450 m s. n. m. al sureste de Perú en la región de Cusco, cordillera de Vilcabamba. Para llegar allá caminamos tres días y acampamos junto al sendero; la primera noche nos instalamos cerca de un poblado de dos o tres familias y la segunda noche no llegamos a nuestro destino, así que nos vimos obligados a pernoctar en la parte más ancha del angosto sendero, próximo a un arroyo. El paisaje en esta ruta es de ceja de selva y bosque montano, con mucha vegetación, lo cual hacía la caminata muy placentera, pero cuando se trata de encontrar un lugar para acampar a veces resulta difícil. Sabíamos que no debíamos quedarnos allí, pero no teníamos otra alternativa, ya que estaba oscureciendo y empezaba a llover. Uno de mis temores más grandes era que por la noche, sin querer, terminaríamos asustando a algún campesino con sus mulas y caballos o a algún transeúnte.

Afortunadamente pasamos la noche tranquilos. Ya descansados y motivados por el canto matutino de los pájaros decidimos

levantarnos temprano, preparar un café mientras amanecía para poder observar las aves de ese ecosistema. Mientras preparaba el café, en medio de la nada escuché pasos y de inmediato pensé «¡mulas!». Muy rápido me propuse mover las cosas ya que estábamos en medio del sendero, y cuando me di cuenta eran dos niños, hermana y hermano de 10 y 11 años. Ellos se notaban muy curiosos por saber quiénes éramos, qué estábamos haciendo, adónde estábamos yendo. Les ofrecí algo caliente y nos pusimos a conversar por un ratito.

Allí nos contaron que estaban yendo a la escuela y que tardaban tres horas en llegar, iban y volvían todos los días haciendo un total de cinco a seis horas a pie. No me sorprendió escuchar que caminaran hasta la escuela, porque mi madre me contó muchas veces que ella y su hermanito también lo hacían durante cinco horas ida y vuelta, y lo agotador que era. Lo que realmente me sorprendió fue el hecho de que aún se dieran esas prácticas en pleno año 2022. Esto solo se explica por lo remotos que están algunos pueblos y el difícil acceso a la educación. Hoy me pregunto, «¿qué será de ellos?, ¿seguirán estudiando? ¡Espero que sí!». Siempre los recordaré con sus caritas sonrientes, con mucha confianza. No tenían miedo de transitar el bosque desolado.

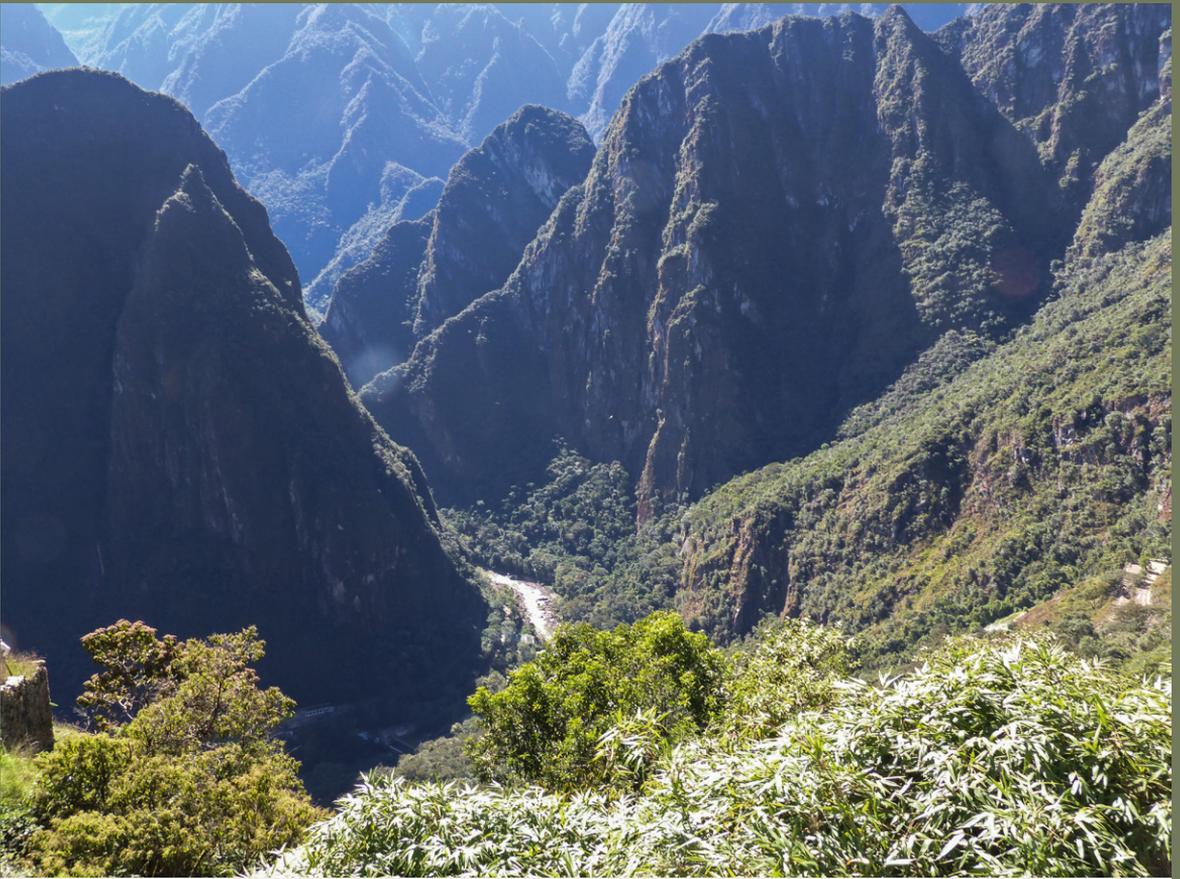
Caminar distancias largas para ir a la escuela o caminar para hacer el mercado, en el caso de mi abuela, era difícil pero no era cosa del otro mundo. Por ello mis padres cuando nos llevaban a los campos de cultivo no pensaban mucho en el sufrimiento de la distancia ni en la inclinación de terreno. Recuerdo una vez, yo seguramente tenía 7 u 8 años, salimos con dirección al poblado de mi padre, Huashao, donde él había heredado una pequeña parcela que empezó a cultivar. Entonces un día fuimos mi mamá, mi papá, mi hermana mayor y yo hacia la chacra. Ellos caminaban rápido, para mí era difícil seguirles el ritmo así es que me atrasé. Por un momento, me sentí desorientada y no sabía qué dirección tomar porque había llegado a un cruce con varios senderos y no tenía a quién preguntar. Había perdido de vista a mis padres, así es que me asusté y luego me dije, «sigamos el camino junto a la acequia». Sabía que el agua bajaba de lo alto de la quebrada y esa

misma agua pasaba muy cerca de la casa donde crecí. Seguí mi intuición y continué caminando aguas arriba y de pronto vi a mi madre tranquila, y yo algo agitada por el susto y porque tuve que acelerar mis pasos, sentí un tremendo alivio al verlos.

Actualmente mi vida cotidiana está muy ligada a la montaña, allí trabajo, paso mis días de ocio, caminando, escalando, corriendo, buscando pajaritos, y me encanta. Yo soy guía de caminatas de profesión, este humilde trabajo me ha llevado a conocer mucha gente y muchos lugares inimaginables como quebradas, lagunas, nevados, poblados lejanos, ceja de selva y bosques montanos. Trabajo principalmente en la montaña en las regiones de Áncash y Cusco, y tengo la fortuna de vivir en uno de los lugares paisajísticamente más hermosos del planeta —la cordillera Blanca— aunque también uno de los más peligrosos por sus lagunas y glaciares.

Hoy paseando por el campo, un dulce y fresco aroma de anís silvestre me hizo recordar que ya es temporada de lluvias —tenemos dos estaciones bien marcadas, estación seca y estación húmeda—, temporada donde incluso los cerros más altos cobran vida y se van tornando en mantos de diferentes tonalidades de verde, para luego adquirir colores vibrantes de tonos amarillo, morado, rojo y naranja. Entonces es cuando sabemos que ha llegado la temporada de cosecha (*hipir killa*, en la lengua quechua). La temporada de siembra y cosecha coinciden con las fechas festivas religiosas cristianas, lo cual tiene mucho sentido, entendiendo que durante la invasión española se impuso la religión cristiana y en nombre de la religión se cometieron atrocidades, se enmascaró la cosmovisión andina pero a pesar del tiempo, esta cosmovisión aún sigue viva. Ahora presenciamos mucho sincretismo en lo cotidiano, principalmente en las fiestas costumbristas religiosas.

Si me preguntas cuál es el significado de vivir en los Andes, pues he de decir que he vivido aquí toda mi vida y no sé cómo vivir en otro lugar. Gracias al trabajo de guía y proyectos en los que me involucro he aprendido a conocer los Andes con diferentes



Río Vilcanota, 2018

miradas. Es fascinante saber que, a pesar de las adversidades de la geografía, clima y altura, estas tierras fueron habitadas durante miles de años.

La montaña se ha convertido en mi estilo de vida. En ella he aprendido la simplicidad y la vulnerabilidad de la vida, que todo cambia y nada se queda igual para siempre. Incluso las montañas cambian.

Barrio de Cochahuain, 2013



LOS DIENTES DE LA MONTAÑA

TOMÁS J. USÓN

Tomás J. Usón, investigador posdoctoral en el Instituto de Geografía y el IRI THESYS de la Universidad Humboldt de Berlín. Con formación en sociología, geografía y antropología y una vasta experiencia profesional en contextos latinoamericanos y europeos. Sus trabajos de investigación se han enfocado en los diferentes ritmos, temporalidades y materialidades de los desastres. También explora las complejas interacciones entre bacterias, metales pesados y seres humanos en entornos altamente contaminados para aportar con nuevas perspectivas a la idea de salud desde un enfoque multispecie.

En los Andes peruanos se dice que las montañas tienen guardianes. Toros bravos que merodean los cerros protegiendo las vetas de las minas que las montañas buscan resguardar. Sirenas que viven dentro de lagunas *chúcaras*¹ y que muestran en sus aguas el reflejo de tesoros a personas foráneas para devorarlas una vez que se aproximan a sacarlos. Seres que, de una u otra forma, son trazos inconfundibles de las incontables historias de usurpación de tierras y extractivismo que esas latitudes han sufrido. Las montañas tienen guardianes porque violentos han sido sus pasados.

Los mundos andinos dan cuenta de interacciones que escapan a esos aparentes sentidos comunes normalmente enraizados en nuestras maneras de comprender —y habitar— los diferentes territorios de los que formamos parte. Los Andes, como bien establece Marisol de la Cadena,² están compuestos por mundos que muchas veces no pueden dialogar entre ellos, haciendo necesaria la creación de metodologías que nos permitan ahondar en esos desencuentros, aunque sea desde la equivocación. Lo interesante, es que muchas veces esos desencuentros no solo están dados por seres de otros mundos. Las increíbles historias de toros y sirenas nos llevan a olvidarnos de que en las montañas también hay otro tipo de guardianes con quienes podemos toparnos, quizás más cotidianos para los desencantados mundos de la modernidad, y con los cuales también podemos vivir un cruce de malentendidos. Protectores que no tienen el tamaño o postura de un toro, pero ciertamente poseen bravura si la situación lo amerita. Seres cotidianos que no nos muestran tesoros en remotas aguas glaciares, pero consiguen cambiar ternura por dureza de un momento a otro ante cualquier asomo de peligro. Me refiero a un tipo de animal que puede ser un amigo y fiel compañero, al mismo tiempo que muestra sus dientes al que se presenta como una amenaza. Hablo, como quizás ya lo habrán adivinado, de los perros.

1 «Bravo» en quechua.

2 Marisol de la Cadena, *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds* (Durham y Londres: Duke University Press, 2015).

Diversos encuentros con perros a lo largo de mi vida hacen que el sobresalto que siento frente a esos temibles protectores sea infinitamente superior al que podría sentir ante toros salvajes o lagunas como humanos. Siempre cuento que uno de mis primeros recuerdos a los cuatro años de edad es el de un dóberman mordidome el antebrazo, mientras veraneaba con mi familia en Bariloche, Argentina. En otra oportunidad, a los ocho, tuve que correr a campo traviesa cuando un grupo de perros guardianes me persiguieron por la plantación de frutales de unos amigos de mis padres a las afueras de Santiago de Chile, mi ciudad natal. Recuerdo cómo los veía acercarse a través de las hileras de árboles y cómo, mientras me alejaba de ellos en una hilera tras otra, pensaba que ese era el fin de mi corta vida. Si bien, milagrosamente, logré llegar a la casa antes que ellos, el ataque había rendido frutos: «¡No jodas con nosotros!», me gritaban ferozmente. Una mordedura en mi memoria que nunca se borró.

A pesar de todas esas experiencias, fue hace un par de años atrás en los Andes peruanos cuando comencé a reflexionar con seriedad sobre el rol protector de estos seres, en especial en las zonas de montaña. Mi acercamiento a los Andes en el Perú se dio en el marco de mi investigación doctoral en el Callejón de Huaylas, mientras estudiaba las diferentes temporalidades que generan los desastres, en cuanto arreglos materiales y dispositivos políticos. Ubicado en el área andina del departamento de Áncash, el Callejón de Huaylas ha sido marcado por la continua ocurrencia de eventos extremos que han definido un sin número de fines de mundos y comienzos de otros a lo largo de su historia. Eventos como el aluvión de 1941 proveniente de la laguna Palcacocha (otrora Cojup), que barrió con una parte importante de la ciudad de Huaraz; o el aluvión de 1962 proveniente del Huascarán, la montaña más alta del Perú, que arrasó por completo con la ciudad de Ranrahirca; o el terremoto de 1970 que dejó virtualmente en el suelo todas las ciudades del Callejón —el mismo que activase un masivo alud desde el Huascarán, aquel gigante conocido, que sepultó la totalidad de Yungay y los pueblos de Encayoc, Poshcoq, Yamana Chico y Aira, entre otros—. El Callejón es una región marcada por la ocurrencia de estos eventos, los cuales han producido complejas

temporalidades que hablan de esperanzadoras aceleraciones sociales, estancamientos, suspensiones y frustraciones.³ En todo ese entramado, las amenazas principales que esas latitudes enfrentan son procesos geoclimáticos masivos que tardan siglos y siglos en tomar forma y tan solo unos minutos en hacerse palpables, tal como los terremotos y aluviones dejan entrever. Los perros, frente a toda esa constelación, son un simple detalle cotidiano, una anécdota en las extensas temporalidades geológicas del paisaje que se hacen sentir.

La primera vez que pensé en la remota posibilidad de encontrarme con perros en esas tierras de montaña fue mientras organizaba mi primer trabajo de campo y leía los relatos escritos hace más de cincuenta años atrás por la antropóloga Barbara Bode. En su libro *Las campanas del silencio. Destrucción y creación en los Andes*, la autora ofrece un hermoso relato —vivo y desolador— sobre la destrucción y reconstrucción de Huaraz, Yungay y otros poblados del Callejón de Huaylas luego del terremoto de 1970, un estudio etnográfico que realizó casi dos años después del evento. Dentro de todas las amenazas, temores e incertidumbres que se pueden experimentar en una zona completamente destruida por un movimiento telúrico de esas magnitudes, Bode explica cómo los perros fueron sin duda lo que más la aterró durante ese año que vivió en el Callejón —posiblemente producto de una mordedura que había recibido de uno en Tingua, en un período en el que la presencia de rabia en zonas andinas era habitual—. «En todas partes, pero en especial a lo largo de los senderos de montaña, los perros están adiestrados para gruñir a los intrusos y son un eficaz elemento disuasorio contra los ladrones», advierte Bode⁴ en su libro, generándome un cierto nerviosismo mientras leía esas líneas antes de viajar a la región. No había pensado en ese factor, medité en ese momento. «Es obvio que habrá perros ¡y bravos!», me dije

3 Tomás J. Usón y Cécile Stephanie Stehrenberger, «A Temporal Device: Disasters and the Articulation of (De)acceleration in and beyond 1970 Ancash's Earthquake». *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 24 n.º 3 (2021): 467-480, <https://doi.org/10.5209/rpub.79245>.

4 Barbara Bode, *No Bells to Toll: Destruction and Creation in the Andes* (Lincoln: iUniverse, 2001), 89.

aterrado. Acto seguido, Bode explica que con el tiempo aprendió las palabras adecuadas en quechua «para mantener a raya a los rapaces perros de la sierra», dándome alguna esperanza de que, si existía la amenaza perruna, también las estrategias en su contra. «Pero los perros siguieron siendo una especie de némesis en mi trabajo de campo»,⁵ concluye con aires de resignación, ofreciéndome un consuelo ante la idea de que no era el único horrorizado de cruzarme con ellos.

Durante mi trabajo etnográfico en el Callejón de Huaylas tuve la posibilidad de recorrer sus imponentes paisajes de montaña, visitando diversas lagunas glaciares que hoy amenazan con desbordar ante cualquier remoción en masa o pedazo de glaciar que pudiese caer sobre sus aguas. En esos recorridos, siempre había una que otra persona que me advertía sobre los riesgos de visitar esos temidos cuerpos de agua. «Nunca vayas solo —me recomendaban—, siempre lleva algún regalo para la montaña. Lleva un poco de coquita o sal y pide permiso antes de subir. Eso calma las lagunas y los seres que las habitan. Algunas de esas lagunas son chúcaras y recelosas con quienes las visitan, cambiando el clima y sus oleajes una vez que se llega a la cima en donde se encuentran. Otras ya han sido amansadas por la gran cantidad de personas que las visitan. La presencia de turistas hace que se calmen, se acostumbran a la gente. Pero nunca te confíes», me recordaban.

«¿Y los perros qué? ¿Cómo hago para que me dejen en paz? ¿Qué les digo?», preguntaba a veces, casi como esperando esas palabras mágicas en quechua sobre las que Bode atestiguaba. Las respuestas a mi temor principal siempre eran ambiguas y difusas. Los perros nunca eran un tema. Que no los tomara en cuenta, que no los mirara y siguiera caminando. Que con el tiempo se calmarían y se irían. Era como si todo ese conocimiento oral en torno a esos masivos cuerpos que son las lagunas y las estrategias para mantenerlas calmas se disiparan en una forma de sabiduría corporal que difícilmente podía ser explicada y compartida. Al perro no se le hablaba, al parecer, tampoco se le pedía permiso. Se le hacía

5 Traducción propia: Bode, *No Bells to Toll*, 89.

frente con maneras de caminar, mirar y sentir el territorio que con dificultad se lograban transmitir más allá de un simple «no hagas nada». «¿Y cómo hacer nada si un perro me quiere morder?», me cuestionaba.

Como bien indica Bode en sus memorias, los perros, al igual que en cualquier lugar de Latinoamérica, son un denominador común en las zonas rurales del Callejón. Así lo corroboraba cada vez que subía a visitar Awaq, unas esas tantas lagunas chúcaras que, con el tiempo, el paso de turistas y, por sobre todo, la presencia de la cruz protectora que llevaba su mismo nombre, se fue amansando al punto de permitir la presencia de personas sin molestarlo sobremano. Los perros, no obstante, eran otra historia. El camino hacia esa laguna comienza en el caserío de Paria-Wilcahuain, y en los primeros tramos siempre tenía que lidiar con la presencia de varios guardianes que salían de sus casas apenas sentían mi presencia. En una oportunidad, un perro que estaba con su familia humana descansando varios metros más adelante de ese mismo camino acudió corriendo hacia mí mientras ladraba listo para atacarme. «¡No te preocupes, no hace nada!», me gritaban a lo lejos, mientras veía cómo ese perro de mediana estatura me mostraba los dientes sin dar tregua. Al igual que a Bode, un perro me mordió levemente la pierna mientras visitaba la casa de uno de los cuidadores de la laguna Palcacocha, la que en 1941 devoró Huaraz al desbordarse. Si el perro ladra es porque lagunas trae, diría el dicho apócrifo.

Con el tiempo, fui moderando poco a poco mis atarantadas respuestas hacia los perros que me recibían cada vez que caminaba por zonas agrestes. Inicialmente armado de un palo, un par de piedras y mordéndome la lengua (una técnica que, alguna vez escuché, impide a los perros oler tu miedo), me enfrentaba a ellos de la forma que pudiese. Pero nunca en buenos términos, nunca respetando la convivialidad que tan importante era para mí en mi calidad de antropólogo foráneo. Mas a medida que me acostumbraba a esos ladridos iniciales, lograba contener, poco a poco y haciendo un esfuerzo monumental, mi impulso de mostrar aires defensivos.



Cruz Runtu llevada a su trono en la laguna Awaq luego de recibir su nuevo vestido, 2020

Quizás mi graduación en el arte del control corporal fue cuando tuve que bajar caminando desde Paria-Wilcahuain hacia Huaraz en medio de la noche, luego de asistir a la devolución de la cruz de Paria a su santuario en la laguna del mismo nombre. Esa cruz es en particular importante para el pueblo, pues es la que vela porque la laguna no se salga de su sitio. Cuentan las historias que lo ha hecho desde que se instaló ahí, luego de que un fuerte aluvión bajara desde la laguna hacia el colindante pueblo de Montenegro. La cruz, que es robada por personas del mismo pueblo para entregarle un nuevo vestido, reaparece casi un año después, durante la época de carnaval, para celebrar junto a su hermano, la cruz Runtu, en el llamado encuentro de cruces en Huaraz y Paria, en donde cientos de estos seres y personas celebran en una verdadera fiesta más-que-humana. Después de la festividad, transportan a Awaq con su nuevo vestido de regreso a su trono. La peregrinación hacia esa alta laguna dura hasta avanzada la noche. Al momento de volver al pueblo no se escucha ninguna voz en el lugar. Solo aullidos.

Mientras descendía por ese largo y oscuro camino en dirección a Huaraz, sentía cómo los ladridos provenientes de las casas aledañas iban aumentando, unos tras otros, mientras los perros percibían mis pasos por ese desolado lugar. Finalmente, uno de considerable estatura se atrevió a salir de su casa y acercarse hacia mí mientras lanzaba graves ladridos. Comprendiendo que actuar de modo defensivo solo empeoraría las cosas, traté de poner en práctica aquella recomendación que tanto había escuchado: no hacer nada. Con un esfuerzo sobrehumano, traté de caminar de la manera más natural que pude, mientras notaba ese enorme perro grisáceo ladrando a la altura de mis pies. Luego de algunos minutos, que se padecieron como largas horas, el perro se alejó dando uno que otro gruñido —quizás resignado por mi tranquilidad, quizás satisfecho por la labor de seguridad realizada—.

El comportamiento de los perros habla mucho de las dinámicas de los territorios, no porque en sí las reflejen, sino porque estos animales son fundamentales para su configuración. Los perros son actores protagonistas en la definición de las fronteras entre lo

común y lo privado, lo colectivo y lo individual. Como bien señala Donna Haraway,⁶ los perros, al igual que otras especies, son parte integral de nuestros mundos en común, y nuestros encuentros con ellos son sustanciales para la articulación de lo que nos define como seres humanos. La autora argumenta cómo la compañía de los canes ofrece un elemento esencial para la creación de alianzas que nos muestran cómo habitar el mundo en términos terrestres, con los pies —o las patas— en la tierra. Sin embargo, los perros también pueden ser más que fieles compañeros. En las montañas, los perros defienden su territorio, el cual es un tanto más difuso y complicado que los límites de las propiedades de sus dueños. No es solo una casa o un predio el que está en cuestión: es todo el entorno, con sus difusas fronteras, que pasan a ser parte de esa protección. Los perros en zonas de montaña parecieran no diferenciar entre hogar, camino público y campo traviesa; todo espacio es un lugar que debe ser liberado de agentes ajenos y foráneos. Más que alrededor de un lugar en específico, pareciera que el perro en la montaña libra su batalla contra cuerpos particulares. El extraño se convierte en una afrenta, un territorio ya no para proteger si no para expulsar.

Mi vínculo con los perros en zonas de montaña expresa mi relación territorial y corporal con estos espacios —cómo acercarme a ellos, cómo evitar ser mordido por el entorno—. Cómo aproximarme sin acechar, sin parecer amenazante. Cómo tratar de generar condiciones de convivencia armoniosas. Esta aproximación respetuosa que la montaña me exige da cuenta de mi condición de extranjero en esas latitudes: una persona que se ve, viste y comporta de forma diferente a lo esperado en los Andes peruanos. Como etnógrafo foráneo, tengo que aprender lo que Haraway define como la comunicación corporal entre especies —«que se parece más a una danza que a una palabra»—.⁷ Aquellas actitudes que se consideran lo apropiado en la montaña, tanto por personas como por animales.

6 Donna J. Haraway, *When Species Meet* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007).

7 Traducción propia: Haraway, 26.

Puesto desde esta perspectiva, pareciera que el proceso de domesticación —tan asociado a nuestros compañeros caninos— se invirtiera doblemente. Primero, el perro ya no es entrenado para comportarse de cierta manera, sino que soy yo quien se ve obligado a cambiar sus hábitos corporales. Y segundo, estos cambios ya no pasan tanto por adaptar hábitos para el plano doméstico, como la palabra domesticar sugiere, sino más bien para lo que está afuera, esa inmensidad contenida por la figura de la montaña. Yo soy quien debe aprender esas complejas formas de comunicación corporales para desplazarme por las zonas de altura. Yo soy quien, en un esfuerzo por practicar la tan anhelada mimesis etnográfica, termino por hacer propias las conductas esperadas en esas latitudes. El perro, en tanto, mira paciente ante cualquier error por mi parte para responder como la montaña le ha enseñado ante amenazas externas. La domesticación —¿o quizás *montañificación*?— ha rendido frutos.

A esta altura cabe aclarar que no todas mis experiencias con perros en zonas de montaña han sido las de un extraño contra el cual la montaña saca sus dientes. También he tenido la posibilidad de conocer hermosos canes, algunos de ellos muy amigables y fieles. Por el año 2011, en la ceja de selva boliviana, un perro callejero que me crucé mientras visitaba Rurrenabaque me acompañó todo el camino de subida a un pequeño monte a las afueras de ese pueblo. Rurrenabaque es uno de los tantos puntos en Bolivia en donde los Andes comienzan a levantarse desde la mismísima selva o donde las imponentes montañas andinas van desapareciendo entre el espeso manto vegetacional, dependiendo de cómo se le mire. Ese pequeño monte que estaba dispuesto a subir era un punto estratégico para observar la inmensidad de la planicie amazónica que se abre paso dejando más y más atrás la grandeza del altiplano. Por alguna razón que aún desconozco, quizás inspirado en mi determinación o esperando tal vez un poco de alimento o cariño, el perro comenzó a seguirme incondicional.

La imponente vista que ese monte ofrecía contrastaba fuertemente con el casi inaguantable calor que se hacía sentir aquel día. Recuerdo que tal era el calor, que el perro hacía hoyos en el suelo

para buscar tierra fría y echarse sobre ella mientras íbamos cuesta arriba. «Si yo tengo calor, este se debe estar muriendo con su pelaje», pensaba, mientras le convidaba un poco de la escaza agua que llevaba conmigo. Jadeando al punto de ahogarse, él seguía subiendo a mi lado.

De regreso a la ciudad, una mujer fuera de su casa me vio caminando con el perro. Me preguntó de dónde venía. Le dije que del monte. «¿Ese es tu animal?», me preguntó. «No, solo comenzó a acompañarme mientras caminaba», le contesté. «Menos mal. Te estaba cuidando del diablo que vive en la cascada que está más arriba. De seguro la pasaste. Ese mismo diablo una vez poseyó a un niño, lo hacía saltar a muchos metros de altura, como si fuera un saltamontes. El niño no paraba de decir que quería volver al monte, se escapaba de noche hacia ese lugar. Sus padres se lo impedían, lo amarraban a su cama, pero él lograba escaparse. Un cura tuvo que venir a hacerle una limpieza. Con el tiempo dejó de escaparse, pero nunca volvió a ser el mismo. Qué bueno que te acompañó el perro».

Cuando me di vuelta, mi guardián ya no estaba.

Mi amigo canino en Rurrenabaque, 2011



TEJIENDO CICLOS Y FIBRAS

DANIEL ALBERTO ROCCO CONTRERAS

Daniel Alberto Rocco Contreras, Pregonero, estado Táchira, Venezuela. Cursó estudios universitarios de pregrado y maestría en la Universidad de Los Andes, Venezuela, obteniendo los grados de licenciado en Educación Básica Integral, mención Estudios Sociales (2008) y de *Magister Scientiae* en Etnología, mención Ethnohistoria (2015). Ha colaborado en proyectos educativos con las comunidades indígenas Pumé-Yaruro del estado Apure en Venezuela durante los años 2005 y 2007. Entre 2009 y 2016 trabaja como profesor en la Unidad Educativa Arcenia Guerrero de Carrero, Chacantá, estado Mérida. Es investigador en el proyecto Tierra Movidá (Moving Mountains) que estudia los impactos de los desastres geológicos en la zona andina desde la Universidad de Leeds en Inglaterra.

Soy de origen campesino y, a pesar de no haber podido vivir por mucho tiempo en la sierra, siempre sentí ese vínculo con el verde de su abundante vegetación y las montañas de la cordillera. Nací en un pueblo llamado Pregonero, un nido conformado por cuatro calles que se ubica en los Andes venezolanos. A partir de los seis años de edad, mi familia se trasladó a la ciudad de San Cristóbal, la capital del estado Táchira, con más de un millón de habitantes. La mudanza ocurrió por el año 1987, debido a los sismos regulares en la zona de Pregonero ocasionados por la falla de Boconó, que causaban daños a las propiedades de mi familia.

Nos marchamos con la esperanza de ir a buscar una vida mejor en la ciudad; pero a pesar de dejar atrás el pueblo, siempre mantuvimos ese vínculo con nuestro sitio de origen, que se sostiene hasta el día de hoy, ya que existen tierras ubicadas alrededor de laguna García, un caserío rodeado por quebradas, que nos pertenecen. Hace años, cuando era adolescente, solía ir y ayudar en tiempo de cosecha de la papa y la zanahoria. En este ir y venir siempre tuve la añoranza de volver a vivir allá, entendiéndolo que dentro de los Andes podría hacerme de un lugar.

Posteriormente culminé mis estudios de secundaria en San Cristóbal y tuve la oportunidad de vivir y estudiar en el estado Mérida, que junto a los estados Táchira y Trujillo conforman los Andes en Venezuela. Ya en vísperas de terminar mi pregrado en la Universidad de Los Andes en Mérida, un amigo me invita a una incursión en la casa de su familia en los Pueblos del Sur, situados al otro lado de la Sierra Nevada detrás del pico Bolívar, que es la cumbre más alta de Venezuela a 4.978 m s. n. m. Cuando se acercaba el tiempo de vacaciones decidimos emprender el viaje. Solo podía imaginar cómo serían estos lugares escondidos por ese muro montañoso, después de haber pasado tantas veces por la autopista que se desliza por sus faldas sin subir las carreteras que serpentean por sus laderas.

Ese primer viaje lo hicimos en tiempo de lluvia por el mes de agosto del año 2008. Emprendimos el trayecto de seis horas desde la ciudad de Mérida. Éramos mi amigo Aldrin Molina, su



Fique, 2023



Chacantá, 2023

primo Melvis Molina y yo, viajando en su auto rojo Toyota 4x4. En horas de la tarde fuimos ascendiendo de a poco por las montañas desérticas que están al sur de la ciudad. Ganábamos altura con lentitud, dejando atrás la vegetación xerófila de esos lugares: cactus y agaves sobrevolados por zamuros que buscaban alimentos por el río Chama. A lo lejos veíamos cómo se achicaba la ciudad y las comunidades que la rodean. Ya entrada la noche solo distinguíamos algunas luces de la urbe. Llegamos a las cumbres de la montaña en donde finalizaban las carreteras bien pavimentadas. Poco a poco, comenzamos a ver cómo se estrechaba la vía en dirección al páramo. Nos adentrábamos en el camino de tierra y el polvo a nuestro alrededor lo cubría todo.

Ya dejando detrás este paisaje caluroso, nos fuimos aproximando a la selva nublada del sur de la cordillera. Atravesamos pequeñas quebradas y riachuelos, bordeados por altos árboles, cuyas ramas se perdían en la neblina. Es necesario llegar hasta lo más alto de la sierra para poder descender a estos valles misteriosos que están del otro lado. Ya nos cercaba la noche y transitábamos por las comunidades de Mocayes y Mucutapó, donde la polvareda de la carretera se había transformado en fango por la presencia ubicua del agua y la densidad de la vegetación. El barro cubría casi la totalidad de los cauchos del carro. En varias ocasiones bajábamos del Toyota para buscar piedras y arbustos ayudando a nuestro 4x4 a retomar el camino, hasta que por fin en horas de la media noche logramos llegar a Chacantá.

Al amanecer del otro día por fin pude conocer el pueblo. Me gustó su dinámica de silencios y de poca o ninguna locomoción debido a su ubicación aislada. El paisaje se componía de imágenes que replicaban mi infancia de las chimeneas de las estufas de leña, el queso criollo, la ganadería en menor extensión, la crianza de aves de corral, los cultivos de bananos, yuca y maíz. Los animales anunciaban los ritmos del día. Nos despertamos con el primer canto del gallo a las 4 a. m. y nos levantamos con su segunda entonación a las 5 a. m. Estar en este sitio tan remoto entre las montañas me recordó Pregonero. A pesar de lo difícil y el largo camino, al final encontré la paz al estar allí.

El viaje pasó rápido y pronto regresamos a Mérida. Para octubre del año 2009 ya nos habíamos graduado en Educación y mi amigo me propuso la idea de vivir y trabajar en Chacantá. Así fue. Comencé en el liceo de Chacantá como profesor de geografía. Me llamaban mucho la atención las costumbres y el modo de vida del pueblo, por lo que con el pasar del tiempo decidí emprender una maestría en etnología en la Universidad de Los Andes para formalizar este interés. Mi intención era estudiar sistemáticamente las estructuras sociales para descubrir lo que no se puede ver en la superficie, y así documentar las idiosincrasias de una región que ha sido poco analizada.

Como parte de este trabajo, en el liceo organicé grupos de investigación con los estudiantes, conformados por cada aldea o comunidad donde cada uno de ellos vivía, con el objetivo de que todos conociéramos mejor sus orígenes y costumbres. Los participantes, luego de que entrevistaron a sus familias, destacaron que por muchos años la comunidad ha llevado una vida en gran medida autosuficiente conformada por una dinámica social propia, alejada de la vida urbana. Aprendiendo con los estudiantes, para mí el sentido de comunidad tomó otra dimensión. Recuerdo que la primera vez que regresé a la ciudad de Mérida después de cuatro meses en el pueblo, caminaba por la calle y saludaba a todo el que se me acercaba, como un campesino.

En el proceso de investigación fui descubriendo que allí en Chacantá persisten costumbres y saberes que tienen su origen en los asentamientos de los indígenas, a pesar de que demográficamente la comunidad está constituida por la herencia colonizadora. Podríamos llamarla, una «identidad indígena-campesina» dentro de una cosmovisión originaria heterogénea, donde destaca el uso de herramientas e instrumentos tomados del ambiente natural para la consolidación de una dinámica social en relación muy estrecha con el ecosistema andino. De acuerdo con las necesidades de vivienda, vestidos y alimentación, se modifican las fibras vegetales, las maderas y las piedras que sirven como materia prima en la construcción de la vida.



Herramientas, 2023 | Página siguiente: Huso, 2023



Un legado indígena es el beneficio del fique, el noble hilo que se desprende del agave, que abunda en las orillas del río y que generalmente se teje en forma circular. Hace tiempo, un intelectual merideño llamado Tulio Febres Cordero señaló la importancia de las fibras naturales en uno de sus libros. El empleo del tejido produjo tanto orgullo nacional que los «famosos costales ó sacos de fique de Morro... fueron premiados en la exposición de París del año de 1889».¹ Su uso persiste, apenas y apenas, hasta hoy día. Los materiales son trabajados por conocimientos adquiridos de generación en generación. Tanto en la parroquia Chacantá, como en las diferentes aldeas, hay personas que dominan las técnicas del fique para elaborar artesanías, incluyendo cuerdas, hamacas, cestería, sacos y *chivas*, éstas últimas son bolsas que asemejan una red y se usan para llevar alimentos o herramientas al campo.

El señor Albino Escalona fue uno de los maestros artesanos del fique en Chacantá, un hombre mayor de baja estatura, piel morena, hablar pausado y siempre con sombrero. Albino se disponía a seleccionar, cortar y raspar cada una de las pencas para extraer la fibra, dejarlas secar y posteriormente fabricar el hilo, oficio que aprendió de *los antiguos*, según él me comentó en algún momento. Con los hilos hacía cabuyas para amarrar el ganado y para el ordeño. En la actualidad como homenaje o rito, este legado lo heredó su hijo, Deogracio Escalona, de sesenta años de edad, quien vive en la misma casa, y quien entre alegría y llanto me decía: «Es lo que él me ha dejado, así nos podemos comunicar, trato de que mis hijas y nietos aprendan de este oficio». El tejer es una manera de transitar la vida y la muerte, si logramos transmitir estos saberes a las generaciones que vienen, persistirá la vida.

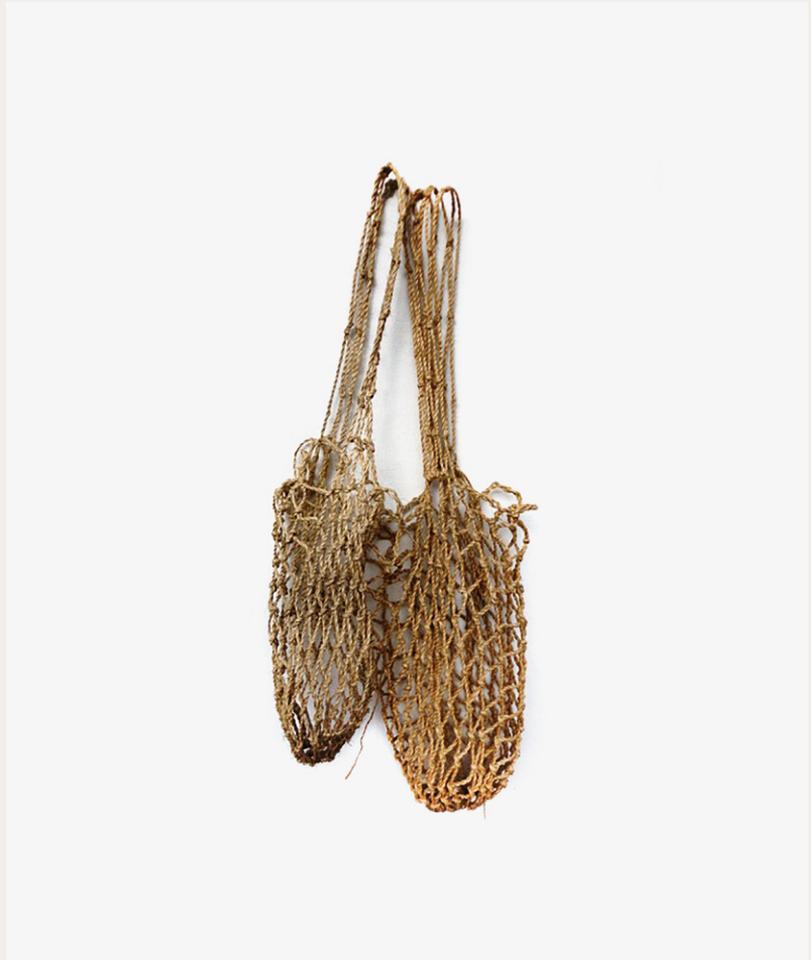
La comercialización de estos productos ha sido informal, pero en la actualidad se mantiene cierta regularidad en la venta a través de la Casa de la Cultura Herlinda Molina —Museo los Taitas—, ubicada en la plaza Bolívar de Chacantá. El visitante del museo también encuentra una colección de sombreros *chacanteros* que, desde tiempos antiguos, se han llamado *gorros*. Para los habitantes

1 Tulio Febres Cordero, «El centavo». *Granitos de historia* n.º 9 (1900).

del pueblo este sombrero representa un instrumento de trabajo, pues es indispensable para ir al barbecho durante sus actividades diarias. Podríamos señalar que el sombrero es parte de los compromisos sociales obligatorios. Existe una relación con el uso del sombrero en los ambientes públicos, como es el caso del ingreso a la iglesia del pueblo. Las mujeres se caracterizaban por llevarlo con el ala hacia abajo o también pueden tener una *andaluza* (velo), el objetivo último es cubrir su cabeza. Por el contrario, los hombres se quitaban por completo el sombrero a la entrada del templo, como símbolo de respeto y sumisión.

La materia prima para la creación de los sombreros es la hoja del cambur, nombre popular del banano en Venezuela. Se corta el vástago del cambural, luego se deja secar al sol y en esa medida se van utilizando trozos como hilos. En la búsqueda y manufactura de los materiales participan en su mayoría mujeres, tanto jóvenes como adultas. Elaboran los sombreros por encargo, ayudando al sustento económico del hogar. La venta del sombrero se ha hecho en las aldeas que los producen, pero en los últimos tiempos, a través del desarrollo de las vías de comunicación, su difusión ha sido mayor, comercializándose en las ferias y fiestas cuando sus pobladores dejan a un lado sus tareas en el campo, se reúnen en la plaza principal y alrededores de los pueblos vecinos, de Pueblo Nuevo del Sur, San José del Sur, Mucutuy, Mucuchachí, Canaguá y por supuesto en Chacantá, en el marco a la celebración del Divino Niño en la última quincena de diciembre. Reciben el nombre de Pueblos del Sur por su ubicación geográfica con respecto a la ciudad de Mérida.

Durante el tiempo que viví en el pueblo yo también me acostumbré a usar una bolsa o mochila hecha de fique. Me gustaba llevarla por su material casi impermeable, ligero, resistente, de rápido secado y su olor particular que era un aroma a campo. Sigo utilizando y colectando estos artefactos, aunque haya dejado el pueblo. Hace ya ocho años que me mudé de Chacantá. En octubre del año 2023, regresé por primera vez después de todo este tiempo. Fueron muchos los motivos del viaje y uno de ellos, la búsqueda de algunas fotos que pudieran ilustrar este artículo. Para tomarlas



Chivas, 2023



PUNTO
DE
ARTESANÍA

SIGU
LA R

regresé a la casa del señor Albino Escalona, donde me encontré con su sobrina Marianela Escalona, quien me invitó a pasar a tomar café. Me preguntó acerca del porqué de mi visita, le comenté que estaba en la búsqueda del fique y la obra de don Albino. Silenciosa, tomó su tiempo para ir a buscar una *chiva* de fique hecha por él, cediéndomela como regalo. Me expresó sus sentimientos en cuanto a esta pieza, ya que fue elaborada por ella y por el señor Albino. Me encomendó su conservación y cuidado. Esta vez la obra en fique no viajó a París como en 1889. Se encuentra en la cocina de nuestra casa, en Leeds al norte de Inglaterra.

Ya no vivo en los Andes, pero siempre habito esta zona en la memoria y la imaginación. Por las montañas desde Pregonero hasta Chacantá, curiosamente trazando todo el camino en el mapa de Venezuela, veo que la ruta es circular. Este círculo me lleva como una gran rueda, por viajes, desafíos, oportunidades, por el bien y el mal. La órbita va por San Cristóbal, la ciudad de Mérida y los Pueblos del Sur, bordeando la frontera de Pregonero que pertenece al Táchira. Tal vez quiere decir que tarde o temprano volveremos al lugar donde crecimos. La vida es un tejer de pueblos, hogares, aprendizajes. La *chiva* y el sombrero son muestras de ello.

PARTE III

MANQ̇HAPACHA

ATARDECER DE LAMENTOS

ÁUREA GRANADOS DE FIGUEROA

Áurea Granados de Figueroa, Áncash, Perú, 19 de julio de 1954. Realiza la primaria en la Escuela 362 de mujeres, parte de la secundaria Yungay, culmina el bachiller en Ciencias de la comunicación en el Colegio internado Inmaculada Concepción en Lima, y es licenciada en Educación de la Universidad San Martín de Porres. Trabaja como docente en diferentes instituciones educativas, para después postular al concurso nacional de directores y asumir el cargo de la dirección de la Institución Educativa Santa Fe de Tumpa, donde obtiene un premio nacional para la innovación educativa y también dirige la institución educativa pública Santo Domingo de Guzmán en Yungay. Su padre, don Alejandro Granados Murga, fallece cuando ella tenía cinco años de edad, por lo que afronta dificultades económicas junto a su madre, doña Mercedes León de Granados, y tres hermanas, quedando en la orfandad total en 1970. A los siete años conoce a la norteamericana Evelyn Allen, residenciada durante dos años en la ciudad de Yungay con la organización de apoyo del Cuerpo de Paz de Estados Unidos de Norteamérica, de quien guarda las mejores memorias, además del apoyo afectivo, por haberla visto como una hija adoptiva. Muy joven contrae matrimonio con Ronald Figueroa Olivera, quien es su compañero de vida y con quien procreó tres hijos, de los cuales tiene seis nietos. Se desempeña como asesora para el proyecto Tierra Movida (Moving Mountains) que estudia los impactos de los desastres geológicos en la zona andina desde la Universidad de Leeds.

Era el 31 de mayo del año 1970, todavía me veo sostenida en equilibrio sobre una gran peña, que aún se mantiene a la vista de muchos visitantes en Yungay, Áncash, Perú. Recuerdo y vuelvo a vivir las emociones por cada detalle percibido hasta llegar al lugar donde pude salvarme de aquel monstruo que hizo temblar la tierra y arrancó toneladas de nieve del Huascarán, cuando se llevó consigo a tantos indefensos y terminó con toda una ciudad próspera y hermosa.

Aquella tarde, ya no pintaba de los mejores colores para mí, debido a que tres días antes, después de meses de sufrimiento, mi madre había partido con un adiós eterno, quedando mis hermanas y quien relata en una orfandad absoluta, tratando de encontrar respuestas a cómo seguir nuestros caminos en la vida. Ya entenderán, lectores, mi honda pena.

Recuerdo ese domingo, consumado el sepelio de mi madre en el cementerio general, cuando ya casi daban las 2 p. m., siguiendo la costumbre y en agradecimiento a los acompañantes, nos dirigimos a mi casa para ofrecer un almuerzo, tanto a familiares como amistades que habían llegado de diferentes puntos y a otras personas que no conocíamos, pero que en conjunto nos dieron un gran soporte emocional con su presencia, promesas y palabras de consuelo, penosamente más tarde muchas de ellas se fueron para siempre.

Exhausta por las tres fechas de diversos actos fúnebres y con la nostalgia embargando mi alma, me propuse descansar. Ya en mi habitación, me quité el único vestido negro que tenía por el momento para no estropearlo, porque supuestamente me pondría el mismo al levantarme y también al día siguiente, hasta que terminaran de confeccionarme los otros vestidos y guardar el luto riguroso que el motivo ameritaba. Me recosté sobre mi cama, vestida solo con una enagua, que por esos tiempos era de uso tradicional. Dejé que mil pensamientos e interrogantes abordaran mi mente, miraba a mi alrededor las cosas que eran parte de los enseres de mi alcoba, entre ellas vi el reloj que marcaba las quince horas.

De pronto, sin darme cuenta, ya estaba sumida en un sueño profundo, fue entonces cuando entre sueños sentí que la tierra temblaba como si fuera un barco en la tempestad. Aún desorientada, sin saber cuánto tiempo había transcurrido, me levanté de inmediato, busqué la puerta y no pude abrirla porque el movimiento sísmico la había trabado.

Después de tanto afán pude salir, porque al fin mi hermana mayor logró derribar la puerta. Ambas nos marchamos de la casa corriendo y con sorpresa vi una multitud de gente escapando en distintas direcciones, otros paralizados por el miedo, algunos arrojados implorando a Dios, no faltaron los que gritaban «¡Corran hacia el cementerio!», «¡Vamos hacia el estadio!», «¡No...! vayamos a la peña de Cochahuacán», «A la peña, a la peña...». Todos trataban de buscar escapatorias en medio de tanta confusión. Entre la multitud distinguí por última vez a mi abuela materna que se aunó a esas sugerencias y decía «Vamos hacia el estadio». Pero el caos me mantuvo inmobilizada. También vi a mi hermano y sus amigos del trabajo que habían llegado desde Huaraz para el entierro de mi madre, todos dejaron de existir aquella funesta tarde, solo quedó el vehículo que los había transportado. La tierra temblaba con mayor intensidad y continuaban los gritos desesperados con diferentes exclamaciones. Yo seguía sin saber qué hacer ni adónde correr.

Atónita por lo que estaba viviendo, recordé en ese momento y dije, «Mi cofre», me estaba olvidando de algo muy importante, era uno de los cofres que nos había obsequiado mi madre, tanto a mi hermana como a mí, ambos tenían el mismo tamaño y las mismas características. Poco después de ese momento no sabía lo que guardaba el de mi hermana, pero el mío contenía los recuerdos valiosos de mi adolescencia de ese entonces, vale decir, cartas, canciones escritas, poemas y algo muy significativo para mí, un anillo de promoción que me había regalado alguien que culminó la secundaria y que descansa en paz, alguien de quien hoy no quiero hablar. Disculpen ustedes, lectores.

Sin pensarlo, retorné para recuperar mi cofre —y hasta el día de hoy me pregunto si no fue una estupidez haber puesto en

riesgo mi existencia a cambio de cosas que sin ella no las podría disfrutar—. Mi impulso del momento me llevó de vuelta a la que fue mi casa, con la finalidad de cumplir mi propósito.

Ahora sí, cofre en mano me propuse correr raudamente para resguardar mi vida, en ese momento —cuando ya me encontraba a la altura de la esquina de mi casa— tratando de mantener el equilibrio por el movimiento y el nerviosismo, oí un sonido estruendoso que semejaba el choque de varios aviones, por lo que dirigí la mirada hacia donde venía. Entonces vi una ola gigante, me di cuenta de que era una masa de nieve que bajaba precipitada destruyendo todo a su paso, pues una parte del Huascarán, la montaña más alta del Perú con la cual convivíamos, se había desprendido.

Miré a todos lados, sin conseguir escapatoria alguna, solo atiné a arrodillarme para esperar que pasara sobre mí esa avalancha, no recuerdo cuántos segundos transcurrieron, pero me pareció una eternidad. Al ver que no me arrasaba, con un temor rebosante levanté lentamente la mirada, entonces me di cuenta de que el alud había desviado su trayectoria. Hasta ahora no entiendo qué pasó, pero bifurcó su paso. Ya por instinto, aproveché esa oportunidad para empezar a correr hacia la sugerida peña, que en ese entonces era una roca que sobresalía en gran dimensión sobre el suelo y desde mi entendimiento no pasaría sobre ella por ser muy alta.

Después de mi agitada carrera, logré llegar a la peña, pero impedida de subir con las manos ocupadas por el cofre, decidí guardar el contenido —¡Oh, sorpresa!—. Cuando lo abrí solo había botones, hilos de colores, cintas y otros artículos de costura. Me di cuenta de que por error había tomado el cofre de mi hermana. Sumida en el llanto y el enojo tiré el cofre y procedí a escalar la roca, donde encontré a muchas personas que lloraban, otros rezaban, otros pasmados sin habla. De mí... de mí no puedo dar una descripción exacta acerca de cómo me sentía, pero me di cuenta de que otros habían llevado la peor parte cuando llegaron varios heridos y cuando empezó a oscurecerse, a pesar de que recién era media tarde, y esa oscuridad que tuvo su origen en doce pies de

nube, que de repente cubrieron el cielo, trajo consigo una serie de lamentos como resultado de todo el desastre.

¡Yungay había desaparecido! Desde esa tarde y en adelante solo quedaron lamentos por causa del terremoto alud, el cual engendró todo tipo de destrucción —que la mente no se puede ni imaginar—, causando muchas muertes, heridos, gente mutilada y desaparecidos. Todo este desastre dejó como consecuencia varios huérfanos, viudas y familias incompletas.

Transcurrieron algunos minutos y todavía estaba subida en la peña junto a muchos otros. Recuerdo que me encontraba inmersa en un miedo y dolor desbordante, sin creer que algo peor pudiera pasar, pues lo que se estaba viviendo esa tarde era un ensaño potencialmente trágico para tantas almas de buen corazón, entre ellos niños y ancianos indefensos. Como creyente me niego a aceptar que algo así pueda ser un castigo divino —como algunos suelen profanar—, pues todo lo atribuyo a la fuerza desmedida de la naturaleza.

Con asombro y nostalgia viré mi mirada hacia donde estaba la ciudad y me di cuenta de que todo había desaparecido, completamente enterrado por el alud, pero no todo había acabado, ya que el gran terremoto cesó, pero persistían las réplicas provocando que el nevado dejara caer nuevos bloques de nieve, que al derrumbarse aumentaban el eco del ya existente ruido tormentoso al que se unieron los gritos desesperados de mucha gente pidiendo ayuda y los clamores de los que iban acercándose después de salvarse. Está demás decir que quienes llegaban a la peña los ahondaba miedo, el nerviosismo y el llanto de dolor por las lesiones sufridas. Algunos aparecían por sus propios medios y otros fueron trasladados por terceros para ser asistidos.

Siguiendo a los que decidieron bajar de la peña, hice lo propio, para ayudar en lo posible a los lesionados, dar soporte a los niños y consolar a los afligidos. Acto seguido forzaron la cerradura de la puerta de una escuela cercana para recibir a los heridos.

Ya en horas entrantes de la noche ante las amenazas telúricas que aún persistían, junto a un grupo de personas, entre ellas mis hermanas, decidimos buscar un lugar menos expuesto. Por esa razón, empezamos a caminar hacia el norte de Yungay; no obstante, el impedimento de los escombros, aunado al temor de tropezar con las grietas de las calles y pistas, producto del terremoto, hizo que no llegáramos muy lejos y, sumado a toda esta tragedia, estaba presente el frío, el cansancio y la oscuridad que tampoco nos permitían seguir avanzando. Decidimos pernoctar en una chacra no muy lejana, donde había heno seco que nos sirvió de lecho para descansar. Al salir los primeros rayos del sol, nos dijeron que estábamos en Pashulpampa.

La mañana siguiente, sobrevolaban por la zona aviones y helicópteros que al percibirlos gritábamos con mucha fuerza con la esperanza de ser vistos y escuchados, pero todo esfuerzo era en vano por la densa nube que cubría el cielo. Es fácil suponer que no hallaban un lugar propicio para aterrizar. Así continuó día tras día, hasta que recién se pudo escuchar por la radio un comunicado que decía, «Atención, atención, comunicado de último minuto, Huaraz, Carhuaz y Caraz destruidos. Yungay desaparecido». Entiendo que por tal información, todavía al sexto día el gobierno empezó a desplegar ayuda y vuelos humanitarios a través de esos vehículos aéreos, los cuales soltaban desde lo alto, envueltos en una frazada, ropa y víveres, conservas, agua entre otros, que muchas veces caían en lugares lejanos y poco accesibles. Inclusive algunos alimentos se desparramaban por la fuerza de la caída. Sin embargo, tratábamos de recoger todo, para preparar una olla común que servía como único plato diario.

Así fuimos sobreviviendo en el improvisado campamento, comiendo lo que podíamos recolectar de la caridad de los pueblos vecinos. También encontramos a unos kilómetros una hacienda destruida, pero que conservaba en pie algunas plantaciones de naranjas, que recogíamos a las cuatro de la mañana y retornábamos al mediodía. Para saciar nuestra sed tomábamos agua de las acequias que por ahí fluían.

Al pasar de los días, al igual que todos, empezaron a llegar muchas personas de diferentes lugares del país con el propósito de encontrar a sus familiares. También venían desde la capital periodistas, personal del ejército y todo tipo de gente para brindar apoyo humanitario, trasladar los heridos, censar a los sobrevivientes y apoyar con el desplazamiento de los huérfanos a la ciudad de Lima, donde serían destinados a diversos hospitales, albergues, y orfanatos.

Ya habían transcurrido casi quince días, todo en el campamento seguía igual, recibíamos una ayuda que poco satisfacía el hambre del grupo de sobrevivientes, que cada vez se incrementaba en número por la llegada de otros, que al igual que nosotros buscaban refugiarse, lo que personalmente me alegraba, pero a la vez preocupaba debido a la falta de provisiones. Es cuando un grupo del campamento, dentro de él mis dos hermanas y yo, todos atraídos por los rumores de las ayudas que se estaban dando en Lima, y a la vez el deseo de abandonar ese tipo de vivencia, que lo único que hacía era sumar el peso de la nostalgia que nos embargaba, decidimos salir al día siguiente hacia el aeropuerto de Anta.

Teníamos como objetivo alcanzar un vuelo humanitario, la fecha exacta no recuerdo, pero sí que eran las cinco de la mañana cuando empezamos a caminar, para luego cruzar por donde había sido Yungay. El pueblo se encontraba cubierto de esa gran masa de lodo que intentaba ocultar la ferocidad con la que había sido destruida una hermosa ciudad, pero ni las toneladas de barro pudieron tapar brazos, piernas, cabezas sin cabello, rostros totalmente desfigurados por los golpes y por supuesto, cadáveres completos que quedaron a la vista como evidencia de un intento de resistencia a la muerte, cuya putrefacción por el tiempo consumido emanaba un hedor insoportable para cualquier viviente.

Nunca faltaron personas benevolentes, que en nuestro caminar nos ayudaron a atravesar los tramos difíciles para evitar hundirnos en ese falso suelo que había formado el lodo engañoso, cual pantano asesino. Seguíamos avanzando para alcanzar el objetivo y en nuestro éxodo, la gente de buen corazón nos extendía la mano con un pan o algunos al enterarse del pronto paso de los caminantes,

preparaban un plato de comida que saciara no solo el hambre, sino también alentara nuestras esperanzas.

Así, fuimos recorriendo poco a poco la ruta trazada, hasta que llegamos a Mancos, un distrito de la hoy desaparecida ciudad, donde todavía una parte de la pista era accesible. A pesar de la vía averiada con grietas, aún se podía transitar y así nos trasladaron en un carro del ejército hasta las afueras de la provincia de Carhuaz, a casi veinte kilómetros de donde partimos.

Ya iban a ser las cuatro de la tarde de esa larga jornada, cuando nos alentaron sirviéndonos un plato de comida. Procedimos a «almorzar» y en seguida continuamos caminando por dos horas más, buscando un lugar apropiado para pernoctar.

En la mañana, muy temprano, enrumbamos nuestra travesía, algunos tramos a pie y otros en carro, para finalmente llegar al aeropuerto de Anta a las once de la mañana. Allí permanecían incontables personas, se había convertido en el punto principal para la gente de las diferentes provincias. Pude ver una fila inmensa de heridos, familias enteras que dejaban todo atrás para marcharse, y ancianos que reflejaban en su rostro el dolor de los días vividos recientemente. Seguí observando, tratando de entender todo ese caos producido por las circunstancias del castigo. Estaban las filas de las ollas comunes, organizadas por la Junta de Asistencia Nacional (JAN), cuyas imágenes complementaban el cuadro de ese doloroso panorama.

De repente avisté una fila tan larga como las otras, era la de los niños huérfanos. Por un momento sentí que mis ojos ya no querían seguir mirando y mis oídos habían bloqueado todo ruido de aquel barullo...

Regresé a la realidad cuando la emoción me avivó al ver a lo lejos a don Samuel y corrí gritando, «¡Samuel, Samuelito!». Se trataba de un señor militar yungaíno, amigo de la familia, quien también se emocionó al vernos. Él nos facilitó el ingreso a un avión de las Fuerzas Armadas, donde logramos despegar a las tres de la tarde,

no sin antes sobrevolar la zona afectada. Fue cuando pude descubrir un gran campo desolado sobre lo que había sido Yungay. Esa imagen despertó en mí un inmenso e indescriptible dolor, experimenté unas ganas incesantes de llorar a gritos.

Pasaron unos minutos y llegamos al aeropuerto de Lima, luego nos trasladaron al club Áncash, en el distrito de Jesús María, donde se reunían personas provenientes de todo el departamento. En el club nuevamente vi un tumulto que esperaba a su familia. A nosotras nos trasladaron esa noche a un albergue, donde encontramos a muchos niños de diferentes lugares afectados por el terremoto.

En ese lugar por fin pudimos asearnos, nos dieron ropa limpia y comida. Permanecimos ahí durante diez días, luego, gracias al apoyo de una gestora yungaína, nos llevaron a Barranco, al colegio Santa Rosa, institución de las Madres Franciscanas de María.

Días después, nos trasladaron al colegio internado Inmaculada Concepción a cargo de una yungaína religiosa, de nombre Deisy Philipps Figueroa, quien se desempeñaba como madre superiora con el nombre religioso de «Filomena de Jesús».

A las diez huérfanas de Yungay trataron de mantenernos juntas, pero eso duró muy poco, ya que las demás niñas retornaron a Yungay, quedando bajo ese amparo solamente mi hermana menor y yo, y allí culminé mis estudios secundarios en el año 1971.

Transcurrieron algunos años, pero con el dolor aún intacto, regresé a Yungay en donde me quedé a vivir hasta hoy, junto a la familia que formé. Aprendí a sobrellevar esa trágica experiencia, aunque cada vez que paso por la que fue mi casa me emociono por la nostalgia al recordar mi infancia, mi adolescencia y todo lo vivido.

Hoy valoro mi comunidad, donde trato de aportar beneficios como educadora, y a la vez rememoro mi pueblo desaparecido, transmitiendo remembranzas y reflexiones a las nuevas generaciones sobre el pueblo que los vio nacer. Escribir este texto me ha permitido difundir una parte de mis vivencias, sentimientos y emociones

ligados al terremoto alud de 1970. Cada párrafo encierra el sufrimiento del momento, pero a la vez está señalado con la fuerza que me inspiró a seguir adelante en cada etapa de mi vida y volcar en mis tres hijos enseñanzas de amor, fuerza y coraje, basados en una experiencia conmovedora.



Monumento sobre la peña de Cochahuain en Yungay, 2023

RESONANCIA VOLCÁNICA

UNA CONVERSACIÓN CON NATALIA PARDO VILLAVECES
TEXTO PERFORMÁTICO A TRES VOCES

Volcánica es una plataforma interdisciplinar para la lectura del habitar humano a través de la relación tectónica con los volcanes. Está dirigida por el dúo de artistas Alfonso Borragnán y Santiago Reyes Villaveces, quienes trabajan en la intersección de la vulcanología y el arte, abriendo estos procesos a otras disciplinas. Desarrollan proyectos que surgen de territorios particulares, por medio de procesos de investigación con énfasis en los puntos de contacto de quienes habitan el lugar, la materialidad de la tierra y sus procesos geológicos. Se especializan en generar verbos que activan el contexto y animan lo colectivo. Cada verbo es un gesto hacia el suelo, su territorio y el contexto social que lo habita y en este accionar les interesa crear sentidos: el verbo es la palabra que activa la acción; los verbos son una forma de organizar acciones y movimientos de los cuerpos; es desde el verbo que se encuentran las disciplinas para generar una mirada poliédrica que activa los sentidos del volcán y los movimientos colectivos de sus tectónicas.

Natalia Pardo Villaveces, profesora asociada y directora del departamento de Geociencias de la Universidad de los Andes, Colombia. Geóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, con maestría en vulcanología de la Universidad Nacional Autónoma de México y estudios de doctorado en vulcanología física en Massey University, Nueva Zelanda. Su investigación se concentra en la geología de volcanes, los procesos fisicoquímicos que detonan erupciones volcánicas explosivas, los mecanismos de transporte y acumulación de los productos resultantes, la cuantificación de la violencia eruptiva en volcanes del Holoceno y la búsqueda de estrategias multidisciplinarias para hacer puente entre el conocimiento geocientífico y otras maneras de percibir y pensar el sistema terrestre. Es editora en jefe de la *Revista Mexicana de Ciencias Geológicas* y editora asociada del *Bulletin of Volcanology*.

Este texto surge de una larga conversación y un baile temporal entre Volcánica y Natalia Pardo Villaveces, vulcanóloga (PhD) de la Universidad de los Andes (Colombia). El proceso transcurre entre el fósil del volcán Itatiaia en Brasil y los altos Andes colombianos y bolivianos. Este escrito es una mirada fragmentada, poliédrica y dispersa que debe ser performada a tres voces. Para su lectura, en cada acto se deben asignar los fragmentos de manera aleatoria a las tres voces. Una vez leída la totalidad de los fragmentos se pasa al siguiente acto.

Además, esta experiencia de ensayo, no representa un lugar, sino que busca generar un (otro) lugar.

ACTO 1

HABITAR

Las **cosmogonías andinas** evidencian un acercamiento sistémico y casi magnético que abraza los ritmos geológicos del vulcanismo, como un llamado a la renovación social, política, ecológica y cultural. Las comunidades volcánicas andinas han logrado resguardar y enseñar saberes intergeneracionales sobre «el escuchar la Tierra» y el significado del territorio, la resistencia y la defensa de la vida. Sobre la importancia de las correspondencias, reciprocidades y renovación.

En la **vitalidad rítmica** del cruce de las vibraciones vulcano-telúricas que gobiernan el territorio más allá de lo humano y sus cronologías, es donde reside el poder de la sociedad para reinventarse y la posibilidad de pensar nuevos futuros: en los espacios perturbados por una erupción volcánica también germina la vida.

En el **pensamiento andino**, las erupciones volcánicas se perciben como la respuesta de la Tierra a la necesidad de darse la vuelta a sí misma para regenerarse y posibilitar distintas y nuevas maneras de ser habitada. Escuchar el volcán y las comunidades que lo habitan ofrece la opción de escuchar maneras de habitar el cambio.

La historia del **territorio volcánico andino** se ha tejido entre sucesiones de tensiones, sismos, tormentas, erupciones y quiescencias; una secuencia que dinamiza las vidas de quienes habitamos este territorio líquido, impermanente. Cada erupción afecta a individuos, sociedades, atmósferas y paisajes, con repercusiones que actúan sobre cuerpos, políticas y discursos, a distintas escalas, algunas veces visibles y, las más, imperceptibles a los sentidos.

El término «**desastre natural**» conforma una retórica mediática; decir «desastre natural» tiene graves consecuencias en los cuerpos vivos y no vivos, en tanto desdeña los inseparables

entramados de las historias humanas y no humanas. En cuanto ignora el dictamen que puede tener la sociedad al elaborar su propio destino trágico, si se concibe separada y única dueña del entorno vital.

Las listas de **verbos** son una forma de organizar las acciones y movimientos de los cuerpos. Al leerlas no es necesario performar las acciones. Sin embargo, el verbo como palabra genera un efecto en el cuerpo de quien lo lee o lo escucha; una sensación que le permite sentir y encarnar la acción.

Un volcán es escupir, expulsar, presionar, trasbocar, liberar, rugir, cubrir, mover, revolcar, quebrar, fluir, licuar, cambiar, mutar, sembrar, sacudir, temblar, desplazar, eyectar, inyectar, quemar, volatilizarse, cristalizar, vitrificar.

La **acción** es el momento crítico en el que los cuerpos y el lugar performan para darse vuelta. Es algo así como invertir la gravedad para poner los pies arriba y la cabeza abajo. Como en la imagen óptica que forma una cámara oscura. La acción es el instante en el que la tectónica colectiva del cuerpo humano es capaz de hacer que la Tierra y sus procesos físicos sean reversibles o, por lo menos, navegables.

La **acción colectiva** es el *momentum* en que los cuerpos se funden y se vuelven lava, se subliman en lo etéreo o se revientan en múltiples fragmentos —fractales de múltiples posibilidades—.

En las **entrañas terrestres**, las corporalidades sólidas responden a los cambios fisicoquímicos, transformándose en fundidos y fluidos para poder escapar en contra de la gravedad, cruzar umbrales y liberarse.

Todo **momentum colectivo** es un pacto entre sus miembros, solo en la aceptación de sus reglas y limitaciones está la participación. Podríamos decir que es una zona temporalmente autónoma, un estado creado por un clan que se disolverá apenas acabe el pacto. El *momentum* colectivo es una tecnología capaz de crear un orden

propio y absoluto para sus participantes, así sea, por un instante, tomando el riesgo de accionar bajo principios de incertidumbre.

En la Tierra **los cuerpos** se rigen por las leyes termodinámicas y cinéticas que los destinan al devenir. Desde el origen cada componente que ocupa un volumen en el espacio y ejerce su propio peso busca formas de existir en equilibrio con su entorno, pero es gracias al desequilibrio que se impulsa el *momentum*. Es este el que habilita la transformación de los elementos en otras especies químicas y estados físicos, para buscar nuevas formas de existir y coexistir, de segregarse, migrar, mezclarse, aliarse, separarse o escapar. Esta es la búsqueda desesperada por encontrar distintas formas de habitar la diversidad de condiciones ambientales en las diferentes esferas del planeta, desde el núcleo hasta la atmósfera.

Es la **alquimia** del paisaje que se reinventa mientras la fuerza nuclear siga viva.

La vereda está **dominada** por el cerro, que tiene una pared alta y vertical. Los habitantes cuentan que los mayores del templo se suicidaron después de su destrucción por los colonizadores, lanzándose al abismo para terminar con sus vidas terrestres. Su espíritu aún impide que las personas se aproximen a este cerro.

Habitar es la manera en la que los mortales son a la Tierra.

Se acercó a **besar el cráter**. Quería besar en la boca a la tierra. Para ello se hizo un traje con papel de aluminio. Había visto varios videos en YouTube de vulcanólogos acercándose a los cráteres y pensó que debía ser un traje ritual para demostrarle respeto al volcán. Hizo el gorro, las perneras, las mangas, con una gran pechera y lo agarró bien con un cinturón de hilo de caucho. Subió la ladera respirando por la boca para no perder el aliento. Olía a azufre y veía cómo la boca de la tierra humeaba. Al llegar se agachó y la besó.

En el **páramo bravo**, se debe confiar en dios pero no se debe rezar porque quien reza muestra su temor al páramo.

ACTO 2

NÚCLEO

Naming is fixing the meaning of things, limiting and imposing a given symbolic system. Giving a name is not allowing the porosity of change and mutability, therefore the possibility of experience. Sense is what doesn't fit in the symbol. This sensation of not fitting in the common is what we call experience.

El **volcán es la boca** que regurgita la saliva y sangre magmática de la Tierra. Las vibraciones de la Tierra y de los cuerpos que atraviesa durante la erupción proponen nuevos espacios, nuevos paisajes, nuevas atmósferas y sustratos. Establecen un diálogo entre lo humano y lo no humano en torno a la metamorfosis inducida por la perturbación, la capacidad de emerger y, sin olvidar, construir nuevas posibilidades.

According to **Einstein, gravity** resulted from massive objects bending spacetime geometry itself. Due to spacetime being curved, the objects moving through space would follow the "straightest" path along the curve, which explains the motion of the planets. They follow a curved path around the sun because the sun bends spacetime around it.

Gravedad: 9,807 m/s²

El **núcleo** tiene una membrana que lo rodea y es el lugar donde se elabora el ARN con el ADN de los cromosomas. El magma, resultado de la fusión mantélica, es el ARN de la Tierra.

Fluir como **dos cuerpos** dentro de un cuerpo. Uno de hierro fundido y otro de piedra.

É o núcleo que faz que a **lua** esteja no seu lugar.

En la **cosmogonía campesina**, el inframundo es acuático.

La **cordillera norandina** tiene lagunas que no se muestran a todos. Las lagunas se forman, según el mito, con las lágrimas de los indígenas que se refugiaron allí durante la conquista y lloraron por sus tierras devastadas. En otras versiones del mito de la cordillera, son las lágrimas de los esclavos escapados que lloraron de nostalgia por su lejana tierra.

La mayor reserva de **oro** de la Tierra está en sus entrañas, herencia de los grandes choques planetesimales o agregado desde el espacio cuando el planeta aún era un embrión magmático sometido a intensas lluvias de meteoritos. El oro que portamos no es más que la pequeña supuración que fluye a través de las grietas y poros de la corteza. La Tierra es demasiado pequeña y fría para producir un metal tan pesado como el oro, para ello hace falta la explosión de una supernova. El oro es la fiebre de nuestro deseo de ser estrella.

Fiebre del oro.

El **núcleo** es el recuerdo de ser **supernova**.

Nosotros nunca nos realizamos. Un abismo yendo a un abismo —un pozo que mira al cielo—.

Buscaré lo concreto y todo será visto: una espiral es una serpiente sin serpiente enroscada verticalmente en ninguna cosa.

En el pensamiento andino, **la serpiente** simboliza el agua, única sustancia capaz de atravesar los tres mundos, el de abajo, el del medio y el de arriba. *The shapeshifter*.

La **presión en el núcleo** es millones de veces la presión en la superficie y la temperatura puede superar los 6.700 °C.

Los metales que conforman el núcleo de la Tierra sufrieron una aleación cuando el planeta aún ardía, originando una estructura

metálica increíblemente dura y densa en su centro, que impulsa la rotación y define la duración del día y de la noche.

Ni los brazos, ni las piernas... ¡**mueve tu centro!**

El centro sólido, rodeado por una versión de sí mismo en estado líquido, propicia el movimiento metálico que induce la envoltura magnética que nos protege del cosmos. Proporciones justas del geodínamo. De estimularse un poco más ese océano de **FeNi**, la Tierra se excitaría a tal punto que consumiría el suelo en el que se sostienen nuestros deseos. De agotarse el calor del núcleo, cesaría todo el latido impulsor y propulsor de movimiento interno, se perdería el campo magnético y la Tierra entraría en un curso irreversible hacia la muerte.

Punto o lugar que está **en medio**, más o menos equidistante de los límites o extremos.

ACTO 3

CORTEZA

Todo **paisaje** orogénico nace de relaciones de **tensión** y compresión en interacción con el clima y la acción de los seres vivos que lo habitan. En la cordillera norandina los esfuerzos tectónicos y la energía volcánica confluyen en los territorios de los dueños superficiales: la exposición de las entrañas terrestres a los agentes modeladores del paisaje, ante la complicidad de la intensidad solar con los fluidos atmosféricos e hidrosféricos. El resultado es una maraña de complejidades y memorias geológicas superpuestas, atravesadas, arrancadas, deformadas, fragmentadas, talladas, moldeadas. Asimismo, todo paisaje es un mosaico de relaciones de tensión y compresión, razones y emociones sociales y políticas entrecruzadas durante generaciones.

Los **sismómetros** son sensores y sistemas de almacenamiento que transducen las vibraciones de la vitalidad de la Tierra en códigos capaces de perdurar en el tiempo humano.

Se llama **cráter** a la depresión circular en la superficie de un planeta generada por el impacto de un pequeño cuerpo en estado de hipervelocidad. En el caso del volcán esta depresión se forma de patas arriba, de adentro hacia afuera, de la acción desesperada y explosiva del magma por liberarse. Pero no deja de ser un evento de hipervelocidad, en este caso no por el objeto que colisiona, sino por la velocidad de descompresión y transformación irreversible de fundidos y cristales en una mezcla gaseosa en desconfinamiento.

El **cráter** es la huella del evento, la concavidad del verbo en forma de cuenco. El cráter volcánico no es un golpe, es un esfínter que permite inhalar y exhalar a la tierra. El cráter es la cicatriz de la acción. Alrededor del cráter se encuentra la memoria de lo que ocurrió, pero para los que lo transitamos es también un portal que hay que cuidar, es el portal por el que la acción puede volver a ocurrir.

Había leído que de darse una **erupción** en el volcán, cerca del pueblo con nombre de serpiente, los dominios del cerro se sacudirían como la gelatina. Los piroclastos alcanzarían la estratósfera para viajar hacia el océano Pacífico favorecidos por los vientos del este. Los valles quedarían sepultados bajo la piedra pómez y los ecosistemas se transformarían en carbón y volátiles. Los ríos incluso podrían ser obligados a ir contracorriente, represarse y luego desbordarse vorazmente en el valle del río. Vida esfumada en un suspiro. Las memorias escritas de los humanos no cargan testimonio de haber visto a este cerro rugir, aunque es un territorio de memorias blanqueadas y borradas por las ambiciones coloniales. Aún así, la evidencia de su violencia es visible en el corte en la montaña. A lo largo de la carretera que conduce a la cima se logran ver los vestigios del regurgitar explosivo del cerro.

La **erupción volcánica** es un pacto geológico mediante el cual el interior de la Tierra libera sus tensiones a través de un quiebre forzado en la corteza. Este evento violento rompe las cadencias lentas del tiempo geológico acercando el tiempo humano al tiempo de la Tierra. Por las fisuras y cráteres se extruyen lavas, tefras y gases derivados de los esfuerzos magmáticos por escapar del interior del planeta y contribuir con la génesis y transformación de paisajes, cuerpos de agua y atmósferas. La erupción es la expresión de la vida inorgánica entreverada con la orgánica, una propuesta de vicisitudes, incitaciones, y coevoluciones.

erupción 1. *f.* Aparición y desarrollo en la piel, o en las mucosas, de granos, manchas o vesículas.

La carretera era sinuosa y nunca supo si subía o descendía. En un estado de vértigo, le daban ganas de vomitar. La vegetación se hacía más dominante, al punto de sentir que era él quien se encogía. Como si se tratara de una aureola en un gran seno, el piso se calentó y los árboles desaparecieron. Puso su mano sobre el piso y sintió un calor tibio, casi maternal. Creyó haber coronado el cráter y le exclamó a su guía ¡hemos llegado! Con una mirada incrédula, su guía le señaló a lo lejos el inicio del camino y le dijo: nunca has salido del volcán.

El cuerpo del **volcán andino** no se limita a la cima y sus pendientes, sino que se abre radialmente por los cañones labrados en rocas más antiguas. Como tentáculos flexibles que se encogen y se estiran, buscando los territorios más bajos en un deseo de equilibrio. Fluyendo hasta descansar y mimetizarse con los valles de las grandes arterias, los ríos Cauca y Magdalena, a más de 100 km de la cima.

Nápoles Subterrânea é uma cidade construída dentro dos fluxos do Vesúvio. É uma rede de túneis e câmaras que se conectam entre si. Um labirinto construído ao longo de ventanas de anos para servir como refúgio para aqueles que precisam escapar da superfície; fugir do mundo exposto.

ACTO 4

ATMÓSFERA

Toda **resonancia** requiere de una caja en la que resonar. Para nuestra voz esa caja es el cuerpo para la Tierra y es la distancia entre la troposfera y la ionosfera. Las ondas de nuestra existencia reverberan en este espacio de aire enrarecido.

Air is a habitat in its own right, an ecosystem of microbiological beings that occupy our body in each respiration. According to Haraway we have never been humans, we are a mix of endosymbiosis relations with the environment. The turbulent rush of air in and out of our body is ecstatic as it allows us to participate in something bigger than ourselves - in other turbulent flows.

La **exhalación** volcánica se inyecta y entremezcla en la atmósfera para nutrirla. Respiramos y bebemos los fluidos líquidos y gaseosos exhalados por la Tierra en su intento de relajar la consecuencia de haber nacido hace 4.600 millones de años. El hálito de la Tierra es guiado por los **vientos** dominantes y precipita las cenizas que sepultan pero también alimentan los suelos. Suelos capaces de secuestrar carbono.

La **montaña se comunica** con el mar a través del cielo. Cielo y Tierra se conectan mediante los rayos, no casualmente, miembros del clan de los dioses andinos. Descargas eléctricas o decisiones divinas, en últimas, energía indispensable para fijar el nitrógeno y enviarlo como parte de los ciclos de la vida.

La **atmósfera gaseosa**, volátil y etérea —hálito terrestre que posibilita la vida y el cambio— está atrapada por el campo magnético planetario. El magnetismo existe porque el núcleo externo es metal en movimiento. De enfriarse el núcleo, la atmósfera se escaparía al espacio cósmico.

En las **escalas humanas**, reguladas por los giros de la Tierra y por el recorrido cíclico en su órbita alrededor del sol, las emociones y decisiones transitan por tiempos meteorológicos. Estos tiempos son fenomenologías que encarnan el estado fluctuante y difícilmente predecible de la interacción de la radiación solar con los fluidos terrestres y la biosfera: la temperatura, la precipitación, la nubosidad y la humedad relativa describen la constante impermanencia, los ritmos efímeros de nuestras percepciones ambientales.

Sin embargo, los afanes de las horas, minutos y segundos hacen parte de **temporalidades** mucho más largas y lentas, capaces de dictar los destinos humanos y no-humanos: los contextos climáticos. Al ser mayor la radiación solar en el ecuador respecto a los polos, el gradiente energético activa la circulación oceánica y atmosférica desde las zonas más calientes, en latitudes bajas, hacia los polos: una danza de fluidos con la rotación de la Tierra.

Cuando el volcán logra **irrupir la cadencia**, distintas especies de azufre reaccionan con la química atmosférica: aerosoles de ácido sulfúrico pueden suprimir los veranos, desplazar la zona de confluencia intertropical y dar pruebas de lo que debió significar la última fase de la Pequeña Edad de Hielo en el siglo XIX. Una contracorriente esporádica, intento natural discreto por nutrir en contrapeso a los impulsos humanos y continuos por acidificar.

Habítamos interdependencias y correspondencias de abajo hacia arriba, de arriba hacia abajo, de afuera hacia dentro, de las entrañas hacia los hábitos.

EPÍLOGO

KHÄ PACHA

HUACA Y SOL DE PLAYA INTERIOR

NATALIA MONTOYA LECAROS

Natalia Montoya Lecaros, iquiqueña neta y peregrina de la fiesta de la Tirana. Magíster, licenciada y pedagoga en Artes Visuales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Su trabajo artístico abarca distintas disciplinas como escultura, instalación, pintura y *performance*, explorando las inquietudes materiales y los vínculos afectivos de su territorio originario. Como artista de origen aymara, reflexiona sobre las particularidades de su cosmovisión, buscando en distintas fuentes los relatos del mundo ancestral. Ha expuesto en diversos espacios del circuito de arte contemporáneo, destacando su participación en las muestras colectivas internacionales de la Galería Colombo en Medellín, Klima Biennale en Austria y en territorio chileno en el Museo Nacional de Bellas Artes, el Museo de Arte Contemporáneo de Quinta Normal, la Galería Macchina ^{uc} y el Museo Regional de Iquique.



Sol de playa interior, 2021
Óleo, acrílico y rotuladores sobre tela
182 × 140 cm



Huaca, 2023
Óleo sobre canva
35 x 70 cm

of the study. The first author (SMH) was the principal investigator and was responsible for the design, data collection, data analysis and writing of the manuscript. The second author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The third author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The fourth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The fifth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The sixth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The seventh author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The eighth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The ninth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis. The tenth author (JL) was responsible for the design, data collection and data analysis.

2. Methods

2.1. Subjects

The study was approved by the ethics committee of the Chinese University of Hong Kong. All subjects gave their informed consent before participating in the study. The subjects were recruited from the Chinese University of Hong Kong and were screened for any conditions that might affect their performance on the tasks. The subjects were then randomly assigned to one of the two groups: the control group and the experimental group.

2.2. Procedure

The subjects were familiarized with the tasks before the data collection. They were then assigned to one of the two groups: the control group and the experimental group. The control group performed the tasks without any feedback, while the experimental group performed the tasks with real-time feedback. The subjects were then tested on the tasks and their performance was recorded.

2.3. Results

The results showed that the experimental group performed significantly better than the control group on all tasks. The subjects in the experimental group showed a significant improvement in their performance over time, while the subjects in the control group showed no significant improvement. The results also showed that the subjects in the experimental group showed a significant decrease in their error rate over time, while the subjects in the control group showed no significant decrease.

2.4. Discussion

The results of this study suggest that real-time feedback significantly improves performance on the tasks. The subjects in the experimental group showed a significant improvement in their performance over time, while the subjects in the control group showed no significant improvement. The results also showed that the subjects in the experimental group showed a significant decrease in their error rate over time, while the subjects in the control group showed no significant decrease.

2.5. Conclusion

The results of this study suggest that real-time feedback significantly improves performance on the tasks. The subjects in the experimental group showed a significant improvement in their performance over time, while the subjects in the control group showed no significant improvement. The results also showed that the subjects in the experimental group showed a significant decrease in their error rate over time, while the subjects in the control group showed no significant decrease.



***NOSOTROS, LOS ANDES* ES UN CUADERNO DE REFLEXIONES INTELECTUALES, MEMORIAS ÍNTIMAS E IMÁGENES PERSONALES, UN LIBRO QUE TAMBIÉN ES UN VIAJE POR LAS MONTAÑAS EN SUS ESTADOS MATERIALES, POÉTICOS Y METAFÍSICOS. EN SUS PÁGINAS DESCUBRIMOS UNA SERIE DE ENCUENTROS TEXTO-VISUALES ENTRE ANTROPÓLOGOS, GEÓLOGOS, POETAS, ARTISTAS, ALPINISTAS, GEÓGRAFOS, ANALISTAS CULTURALES, PROFESORES Y SOBREVIVIENTES DE DESASTRES ECOLÓGICOS. ASÍ SE NOS PRESENTA LA GRAN CORDILLERA: HABLANDO CON VOCES Y EXPERIENCIAS HUMANAS PERTENECIENTES A SERES CUYAS VIDAS —COMO LAS DE TODOS— ESTÁN SOSTENIDAS Y CRUZADAS POR LA COLUMNA VERTEBRAL DE NUESTRA TIERRA. CONVERSANDO ENTRE DISTINTOS MUNDOS CREADOS POR NUESTROS (DES)ENCUENTROS, NOS REVELA QUE NOSOTROS TAMBIÉN SOMOS LOS ANDES.**

ESTA PUBLICACIÓN CUENTA CON LAS CONTRIBUCIONES DE VÍCTOR HERNÁN CUBILLOS QUINTERO, ÁUREA GRANADOS DE FIGUEROA, GLADYS JIMÉNEZ, NATALIA MONTOYA LECAROS, LUCÍA PIZZANI, DANIEL ALBERTO ROCCO CONTRERAS, TOMÁS J. USÓN, ANDREA VÁSQUEZ, VOLCÁNICA Y NATALIA PARDO VILLAVECES.



***NOSOTROS, LOS ANDES* FORMA PARTE DE TIERRA MOVIDA (MOVING MOUNTAINS), UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN FINANCIADO POR EL ARTS AND HUMANITIES RESEARCH COUNCIL DESDE LA UNIVERSIDAD DE LEEDS EN EL REINO UNIDO.**